

NEWMANIANA

AÑO XIV - NÚMERO 41

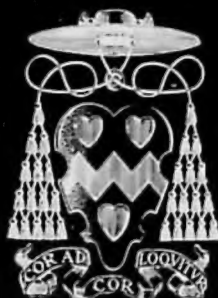
JULIO 2004



Ex umbris et imaginibus in veritatem

Publicación de Amigos de Newman en la Argentina

NEWMANIANA



Año XIV - Nº 41
Julio 2004

Director

Mons. Fernando María Cavaller

Consejo de Redacción

Dra. Inés de Cassagne

Dr. Jorge Ferro

Diseño e Impresión

Editorial y Talleres Gráficos
Universidad Católica de La Plata

NEWMANIANA
(ISSN 0327-5876)

es una publicación cuatrimestral.

Registro Nacional de la

Propiedad Intelectual Nº 237.216

Propiedad de Fernando María Cavaller

Dirección:

Calle 24 Nº 1630 (1900)

La Plata

Pcia. Buenos Aires

República Argentina

EDITORIAL

2004: año Mariano

150 aniversario de la declaración de dogma de la
Inmaculada Concepción 2

SERMÓN

La reverencia debida a la Virgen María 4

ARTÍCULO

La iglesia Anglicana: el hogar espiritual
de Newman 12

- Fernando M. Cavaller -

ANTOLOGÍA

María, la segunda Eva 22

PATRÍSTICA

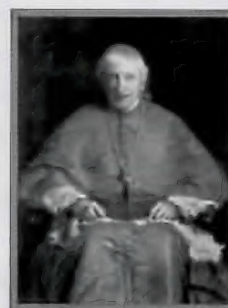
¿Qué dice Vicente de Lerins? 26

- Traducción de Carlos Balña -

ARTÍCULO

San Felipe Neri visto por Newman 38

- Raúl Mauti -

**ORACIÓN**

Por la beatificación del Cardenal Newman

*Señor Jesucristo, cuando es Tu voluntad que un siervo Tuyo sea
elevado a los honores del Altar, Tú lo glorificas por medio de
evidentes signos y milagros. Por ello, Te pedimos quieras
concedernos la gracia que ahora imploramos por intercesión de
John Henry Newman. Por su devoción a Tu Inmaculada Madre
y su lealtad a la sede de Pedro, pueda ser nombrado algún día
entre los Santos de la Iglesia. Amén.*

2004: año Mariano

150 aniversario de la declaración del dogma de la INMACULADA CONCEPCIÓN

Este año se recordará la Definición solemne del dogma de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María, que el 8 de diciembre de 1854 el Papa Pío IX hizo pública por la Bula Ineffabilis Deus.

Será interesante recoger, pues, en los números de Newmaniana, aquello que Newman escribió acerca de la Santísima Virgen, es decir su pensamiento mariológico. Por supuesto, nos atendremos a sus sermones, algunas de sus cartas, y al texto famoso Letter to Pusey, Carta a Pusey, con motivo de un escrito de este amigo suyo, que hubo quedado en el anglicanismo después de la conversión de Newman, y que es un verdadero tratado al respecto, precisamente contemporáneo a la declaración del dogma de la Inmaculada Concepción.

Algunas meditaciones y antologías podrán completar de algún modo la teología mariana de Newman, que muestra ser, como en otros temas, asombrosamente homogénea en su época anglicana y católica, lo cual no deja de llamar la atención teniendo en cuenta que la devoción a la Virgen había sido uno de los obstáculos que encontraban los anglicanos en lo que llamaban "abusos" o "corrupciones" romanas. Si bien Newman no habló de Inmaculada Concepción en su época anglicana, sin embargo afirma con otras palabras el contenido del dogma, deduciéndolo de la consideración patrística de María como Nueva Eva. Cuando se proclamó el dogma de la Inmaculada, Newman, ya católico desde hacía nueve años, lo recibió con gran alegría, considerando que no era más que un desarrollo coherente con la fe de la Iglesia al respecto.

Aparte de la traducción publicada en 1982 por Ed. Palabra (Madrid) de sus meditaciones sobre las Letanías lauretanas, no sabemos de ninguna traducción al castellano de sus escritos marianos, de modo que los que publicaremos muy bien pueden ser considerados como los primeros.

A modo biográfico podemos recordar que aquella iglesia de la Universidad de Oxford que le escuchó predicar como profesor y Vicario era, y es, Saint Mary the Virgin, Santa María Virgen. Asimismo, cuando una vez convertido y, después de recibir la primera comunión en la Iglesia Católica, fue confirmado, agregó a su nombre John Henry el de María. Y al final de sus días, ya casi ciego, una de las dos Misas que aprendió de memoria para poder celebrarla en caso de mejoría fue la Misa de la Virgen.

Creemos que será de gran provecho para el lector acceder a estos textos marianos en este año, de manera que le lleven a acrecentar una auténtica devoción y a considerar una vez más cómo la figura de María ha sido siempre punto de referencia para la doctrina católica, donde parecen anudarse muchos otros aspectos de la fe.



Parochial and Plain Sermons, vol II, 12, pp 127-138

Predicado en St. Mary the Virgin, Oxford, el 25 de marzo de 1832

La reverencia debida *a la VIRGEN MARÍA* *(En la Fiesta de la Anunciación)*

Desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada
(Lc 1, 48)

TRADUCCIÓN Y NOTAS

FERNANDO MARÍA

CAVALLER

Hoy celebramos la Anunciación de la Virgen María, cuando el Angel Gabriel fue enviado para decirle que iba a ser la Madre de nuestro Señor, y cuando el Espíritu Santo vino sobre ella y la cubrió con la sombra del poder del Altísimo. En aquel gran acontecimiento fue realizado lo que ella previó, como expresa el texto: "todas las generaciones la llamarán bienaventurada"¹. El Angel comenzó la salutación diciendo: "Ave, tú que has sido favorecida de lo alto; el Señor es contigo; bendita² eres entre las mujeres" (Lc 1, 28)³. Luego le dijo "No temas, María, porque has sido favorecida delante de Dios; vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a

quien pondrás por nombre Jesús. El será grande y será llamado Hijo del Altísimo" (Lc 1, 30-32). Su prima Isabel fue la siguiente en saludarla con su título apropiado. Aunque fue llena del Espíritu Santo al momento de hablar, sin embargo, lejos de pensar que semejante don era igual al de María, fue movida a usar el lenguaje más humilde y reverente. "Exclamó con gran voz, y dijo, *Bendita eres tú* entre las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre; y ¿de dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí?... Luego repitió "Bendita es la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor" (Lc 1, 42-45).

¹ Newman distingue entre la bendición que da Dios a través de la cual María es bienaventurada, y pone a pie de página la palabra griega del texto neotestamentario: *eulogéméné*, y aquella que le viene de todas las generaciones que la llaman bienaventurada, según el texto griego: *makarizo*, que es la que corresponde a esta frase.

² *eulogénemé*.

³ Newman une aquí la salutación de Isabel a la del Angel.

Luego fue María quien manifestó sus sentimientos en el Himno que leemos en las Vísperas. ¡Cuántos y cuán complejos deben haber sido! Aquella promesa que el mundo había esperado durante miles de años iba ahora a ser cumplida en ella. Iba a nacer de ella, e iba a aparecer al fin sobre la tierra después de larga dilación, la descendencia de la mujer, anunciada a la culpable Eva. Los destinos del mundo iban a ser revertidos en ella, y pisada la cabeza de la serpiente. A ella le fue concedido el honor más grande jamás otorgado a ningún individuo de nuestra raza caída. ¡Dios asumió la carne de ella, y se humilló al ser llamado descendiente suyo: tal es el profundo misterio! Por supuesto, ella sentiría su propia indignidad inexpresable, y también su humilde solar, su ignorancia, su debilidad a los ojos del mundo. Y podemos suponer muy bien que tenía más que nada esa pureza e inocencia de corazón, esa luminosa visión de fe, esa confianza en su Dios, que elevaba todos esos sentimientos a una intensidad que, nosotros, ordinarios mortales, no podemos entender. *Nosotros* no podemos entenderlos. Repetimos su himno día tras día, pero aún así, considerad por un instante de qué modo diferente lo decimos *nosotros* de aquél en que lo pronunció ella al principio. *Nosotros* lo terminamos aprisa y no pensamos en el significado de esas palabras, que vienen de la más altamente favorecida y pasmosamente dotada de las hijas de los hombres. “Mi alma canta la grandeza del Señor y mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador, porque ha mirado la humildad de su servidora, por eso desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque el Poderoso ha hecho en mí grandes cosas, y Su nombre es santo y su misericordia alcanza de generación en generación a los que le temen” (Lc 1, 46-50).

Consideremos ahora en qué sentido la Virgen María es bienaventurada, título dado primero por el Ángel y luego por la Iglesia a través de todas las épocas hasta hoy.

1. Digo que en ella, la maldición pronunciada sobre Eva, fue cambiada por una bendición. Eva fue condenada a parir hijos en el dolor (Gen 3,16), pero ahora, esta misma dispensación por la cual se expresó la señal del enojo divino, se hizo el medio por el cual la salvación entró en el mundo. Cristo pudo haber descendido del cielo, así como regresó allí y así como volverá nuevamente; pudo haber tomado un cuerpo de la tierra, como el que se le dio a Adán, o haber sido formado, como Eva, de otro modo divinamente ideado, pero, lejos de esto, Dios envió a Su Hijo (como dice San Pablo), “nacido de una mujer” (Gal 4,4). Pues ha sido Su propósito benevolente convertir *todo* lo nuestro del mal al bien. Si lo hubiera querido podría haber hallado, cuando pecamos, otros seres para servirle, arrojándonos al infierno. Pero se propuso salvarnos y cambiarnos a *nosotros*. Y de igual modo, todo lo que nos pertenece, razón, afectos, aspiraciones, relaciones en la vida, no necesita rechazarlo en Sus discípulos, sino santificarlo todo. De ahí que, en vez de enviar a Su Hijo desde el cielo, lo envió como el Hijo de María, para mostrar que todo nuestro sufrimiento y nuestra corrupción podía ser bendecida y cambiada por El. El mismo castigo de la caída, la misma infección de nacimiento en pecado, admite cura por la venida de Cristo.

2. Pero existe otra parte del castigo original de la mujer que puede considerarse repelido cuando llega Cristo. Le fue dicho a la mujer: “Tu marido te dominará” (Gen 3,16), una sentencia que ha sido notablemente

cumplida. Los hombres tienen fuerza para vencer las espinas y los abrojos con los que está maldecida la tierra (Gen 3,18), pero la misma fuerza ha probado siempre el cumplimiento del castigo otorgado a la mujer. Mirad a través del mundo pagano y ved cómo la mitad más débil de la humanidad ha sido siempre tiranizada y envilecida por el brazo de la fuerza. Considerad todas esas naciones del este que en todas las épocas nunca la han reverenciado, sino que, despiadadamente, la han hecho esclava de cualquier propósito malo y cruel. Es así que la serpiente ha triunfado, haciendo que el hombre se degrade aún más por aquella que originalmente le tentó, y que aquella que entonces tentó sufre ahora de aquel que fue seducido. No, aún bajo la luz de la revelación, el castigo sobre la mujer no fue removido enseguida. Aún (en las palabras de la maldición) su marido la domina. La misma práctica de la poligamia y del divorcio que se sufrió bajo el patriarcado y la dispensación judía lo prueban.

Pero cuando Cristo viene como descendiente de la mujer, vindica los derechos y el honor de Su madre. No es que sea destruida bajo el Evangelio la distinción de categorías, pues la mujer es aún inferior al hombre como éste lo es a Cristo (Ef 5, 22-23), pero sí es suprimida la esclavitud. San Pedro ordena a los maridos ser "comprensivos con la mujer, *porque* es un ser más frágil, tributándoles honor como coherederas que son también de la gracia de la Vida" (1 Pe 3, 7). Y San Pablo, mientras

ordena que esté sujeta, habla de la especial bendición concedida a ella, al ser señalada como entrada del Salvador en el mundo. "Adán fue formado primero y Eva en segundo lugar. Y el engañado no fue Adán, sino la mujer que, seducida, incurrió en la transgresión. Con todo, se salvará por su maternidad" (1 Tim 2, 13-15), es decir, porque Cristo nace de María, lo cual fue una bendición así sobre toda la humanidad como de modo peculiar sobre la mujer. Por consiguiente, desde ese tiempo, el matrimonio no sólo ha sido restaurado a su dignidad original, sino dotado aún con un privilegio espiritual como el símbolo externo de la unión celestial que subsiste entre Cristo y Su Iglesia.

De este modo la Bienaventurada Virgen, al llevar a nuestro Señor, quitó o iluminó la desgracia peculiar que la mujer heredaba por seducir a Adán, santificando una parte de ella y repeliendo la otra.

3. Pero además, ella debe sin duda ser bienaventurada y favorecida en sí misma tanto como en los beneficios que nos ha hecho. ¿Quién puede estimar la santidad y perfección de aquella que fue elegida para ser Madre de Cristo? Si a aquél que tiene se le dará más aún (Mt 13, 12), y la santidad y el favor divino van juntos (y esto se no dice expresamente), ¿cuál habrá sido la pureza trascendente de aquella a quien el Espíritu Creador condescendió a cubrir con Su milagrosa presencia?⁴ ¿Cuáles deben haber sido los dones de aquella que fue elegida para ser el único familiar terreno del Hijo de

⁴ Este párrafo hizo surgir muchas especulaciones entre los anglicanos cuando el sermón fue publicado tres años más tarde (1835), porque entendían que el predicador adhería secretamente a la fe católica romana de la Inmaculada Concepción (aún no definida pero sí creída). Newman respondió evasivamente, y en la *Apología* recuerda haber hecho mucho sobre el tema (Apo, 165). Parece que personalmente veía la evidencia de la doctrina pero no la profesaba explícitamente en su período anglicano, deseando permanecer fiel a la enseñanza de su Iglesia de entonces.



Anunciación (arriba, izquierda: Eva junto a Adán expulsados del Paraíso). Cuadro del Beato Angélico.

Dios, la única a quien por naturaleza El tenía que reverenciar y respetar, la única señalada para formarle y educarle, para instruirle día a día, a medida que crecía en sabiduría y en estatura? (Lc 2, 52). Esta contemplación nos dirige a un tema más elevado, si queremos seguirla. Pensad, ¿cuál fue el estado de santidad de esa naturaleza humana de la cual Dios formó a Su Hijo sin pecado, sabiendo como sabemos “que lo que nace de carne es carne”, y que “nadie puede sacar lo puro de lo impuro”? (1 Jn 3, 6; Job 14, 4).

Ahora bien, después de profundizar en pensamientos como estos, cuando volvemos nuevamente a los Evangelios, creo que todos deben sentir alguna sorpresa de que no se nos diga más de lo que encontramos allí acerca de la Bienaventurada Virgen. Después de las circunstancias del nacimiento y la infancia de Cristo, escuchamos poco acerca de ella. Se dice poco en alabanza suya. Se dice que estaba presente junto a la cruz de Cristo, y que allí fue encomendada por El al cuidado de San Juan, y que continuaba en oración con los

Apóstoles después de Su ascensión, y luego no escuchamos nada más acerca de ella. Pero aquí nuevamente, en este silencio, encontramos tanta instrucción como cuando se la menciona.

Primero, nos sugiere que la Escritura fue escrita no para exaltar a este o a aquel santo en particular, sino para dar gloria a Dios Todopoderoso. Han existido miles de almas santas en los tiempos de los que trata la historia bíblica, de los cuales no sabemos nada porque sus vidas no caen dentro de las relaciones manifiestas de Dios con los hombres. En la Escritura no leemos nada de todos los hombres buenos que existieron siempre, sino de unos pocos, por ejemplo, aquellos en quienes el nombre de Dios fue honrado especialmente. Sin duda debe haber habido muchas viudas en Israel sirviendo a Dios con ayunos y oraciones, como Ana, pero ella solamente es mencionada en la Escritura, por estar en una situación que glorificaba al Señor Jesús. Habló del Niño Salvador "a todos los que esperaban la redención de Jerusalén" (Lc 2, 38). No, por lo que sabemos, fe como la de Abraham y celo como el de David han ardiendo en los pechos de miles, de cuyos nombres no se tiene memoria, porque, digo, la Escritura está escrita para mostrarnos el curso de la grande y maravillosa providencia de Dios, y solamente escuchamos hablar de aquellos santos que fueron instrumentos de Sus planes, ya sea introduciendo o predicando a Su Hijo. El Apóstol favorecido de

Cristo fue San Juan, su amigo personal, y sin embargo, cuán poco sabemos de San Juan comparado con San Pablo, ¿y por qué?, porque San Pablo fue el propagador y dispensador más ilustre de Su Verdad. Así como San Pablo mismo dice que él "no conoció a nadie según la carne" (2 Cor 5, 16), así su Salvador, con parecido significado nos ha ocultado el conocimiento de Sus sentimientos más sagrados y familiares, hacia Su Madre y hacia Su amigo. No debían ser expuestos, por la inutilidad de que el mundo los conozca, y el peligro de no ser conocidos sin el riesgo de que el honor que esos santos reciben por la gracia, eclipse en nuestras mentes el honor de Aquel que los honra⁵. Si se nos hubiera revelado más plenamente la Bienaventurada Virgen en su belleza celestial y dulzura de su espíritu interior, en verdad *ella* habría sido honrada, y *sus* dones claramente vistos, pero, al mismo tiempo, el Dador hubiera sido algo menos contemplado, porque ningún designio u obra Suya hubiera sido revelada en la historia de ella. Habría sido presentada aparentemente por *su* causa, no por la de *El*. Cuando un Santo es visto trabajar *hacia* un fin señalado por Dios, le *miramos* como un mero instrumento, un siervo, aunque favorecido, y aunque le admiramos, sin embargo, y después de todo, glorificamos a Dios en él. Pasamos *desde* él a la obra que realiza. Pero cuando alguien es presentado lleno de dones, pero sin una subordinación visible e inmediata a los designios de Dios, ese tal parece revelado

⁵ Esto hay que entenderlo en el marco de una prédica de Newman aún anglicano, quien pronto aprendería que no es verdad que el honor debido a la Virgen o a los santos disminuya en nada el que se debe a Cristo y la Santísima Trinidad, ya que se trata de mediaciones e intercesiones subordinadas a la única mediación universal de Cristo Salvador. Pero esto era el prejuicio habitual en el medio anglicano protestantizado. El sermón es de 1832. Sin embargo Newman no extrema el argumento, y sólo habla de "riesgo". Era común hablar entre anglicanos de los "abusos" romanos en la materia. Newman tratará el tema en su ensayo sobre el Desarrollo del Dogma, y será punto de toque en su conversión, cuando lea varios libros de devoción católicos que le envió el padre Russell.

por su propia causa. Acaso nos detendríamos en pesar en él, y en la criatura más que en el Creador. Por eso, es cosa peligrosa, es un privilegio demasiado alto, para pecadores como nosotros, conocer lo mejor y más íntimo de los pensamientos de los siervos de Dios. No podemos soportar ver tales hombres en su propio lugar, en el retiro de la vida privada y la quietud de la esperanza y el gozo. Cuanto más elevados son sus dones, menos aptos son para ser vistos. Aún San Juan el Apóstol fue tentado dos veces de postrarse en adoración ante el Ángel que le mostraba las cosas venideras (Apoc 19, 10). Y si él, que había visto al Hijo de Dios, fue así vencido por la criatura, ¿cómo es posible que nosotros podamos soportar el contemplar la santidad de la criatura en su plenitud, especialmente cuando somos más capaces de entrar en ella, de estimarla, que de comprender las infinitas perfecciones de la Eterna Divinidad? Por eso, hay muchas verdades como las “cosas que han dicho los siete truenos” que han de estar “selladas” para nosotros (Apoc 10, 4). En particular, es misericordia para con nosotros que tan poco nos sea revelado de la Bienaventurada Virgen, respecto de nuestra debilidad, a pesar de que hay “muchas cosas para decir” de ella, “aunque difíciles de explicar, porque os habéis hecho tardos de entendimiento” (Heb 5, 11).

Segundo, cuando más consideramos quién era Santa María, más peligroso aparece semejante conocimiento. Otros santos están sólo influenciados o inspirados por

Cristo, y hechos partícipes de El místicamente. Pero en cuanto a Santa María, Cristo recibe su humanidad de ella, y por eso tiene una especial unión de naturaleza con ella, y esta maravillosa relación entre Dios y el hombre es quizás imposible para nosotros de poder profundizar sin alguna perversión de sentimiento. Pues, verdaderamente, ella es elevada por encima de la condición de los seres pecadores, aunque pecadora por naturaleza⁶. Ella es traída cerca de Dios pero es una criatura, y parece perder su lugar adecuado en nuestra limitada comprensión, ni muy alto ni muy bajo. No podemos combinar, en nuestros pensamientos sobre ella, todo lo que debemos atribuir con todo lo que debemos sostener. Por eso, siguiendo el ejemplo de la Escritura, tenemos mejor que pensar de ella solo con y por su Hijo, nunca separándola de El sino usando su nombre como un memorial de Su gran condescendencia de inclinarse desde el cielo y no “aborrecer el seno de la Virgen”⁷. Y esta es la regla de nuestra propia Iglesia, que ha establecido aparte Fiestas en honor al Bienaventurada Virgen al ser también Fiestas en honor de nuestro Señor: la Purificación conmemora Su presentación en el Templo, y la Anunciación conmemora Su Encarnación. Y con esta precaución, el pensamiento de ella puede ser muy provechoso a nuestra fe, pues nada es tan a propósito para imprimir en nuestras mentes que Cristo es realmente partícipe de nuestra naturaleza, y hombre verdadero, menos en el pecado, como asociarlo con el pensamiento acerca de aquella por cuyo medio llegó a ser nuestro hermano.

⁶ Esta afirmación puede parecer demostrar que Newman anglicano consideraba a María con la mancha original como el resto de los seres humanos, pero otros textos de Newman de su época anglicana hacen dudosa esta suposición.

⁷ Palabras del himno *Te Deum*.



Fragmento de la misma obra.

En conclusión, mirad la lección que nos da la historia de la Bienaventurada Virgen: que las gracias más elevadas del alma pueden estar maduras en privado, y sin esas pruebas feroces a las cuales está expuesta la mayoría en orden a su santificación. Nuestros corazones son tan duros, que la aflicción, el dolor y la ansiedad nos son enviadas para humillarnos, y disponernos hacia una verdadera fe en la palabra celestial, cuando nos es predicada. Pero es sólo nuestra extrema obstinación de no creer lo que hace necesario este castigo. La ayuda que Dios da en el Evangelio tiene poder para renovar y purificar nuestros corazones, sin providencias no comunes para disponernos a recibirla.

Dios nos da Su Espíritu Santo silenciosamente, y el las silenciosas obligaciones de cada día (puede esperarse humildemente) son bendecidas para la suficiente santificación de millares a quienes el mundo no conoce. La Virgen Bienaventurada es un memorial de esto, y es consolador tanto como instructivo saberlo. Cuando sofocamos la gracia del Bautismo, entonces es que necesitamos severas pruebas para restablecernos. Este es el caso de la multitud, cuyo mejor estado es el del castigo, el arrepentimiento, la súplica, y la absolución, una y otra vez. Pero existen aquellos que siguen un curso calmo y firme, aprendiendo día a día a amar a Aquel que los redimió, y vencer el pecado de su naturaleza por Su gracia celestial, a medida que se presentan las variadas tentaciones al mal. Y, de estos inmaculados seguidores del Cordero, la Bienaventurada María es la principal. Fuerte en el Señor y en el poder de Su fuerza, ella “no cedió a la duda ante la promesa divina” (Rom 5, 20), creyó cuando Zacarías dudó, creyó con una fe como la de Abraham y fue bienaventurada por su fe, y se cumplieron en ella las cosas que le fueron dichas por el Señor. Y cuando después el sufrimiento cayó sobre ella no fue sino la bendita participación en los sagrados sufrimientos de su Hijo, no los de aquellos que sufren por sus pecados.

Si nosotros, por un inexpresable don de Dios, hemos seguido en alguna medida la inocencia de María en nuestra juventud, tanto más bendigamos a Aquel que nos lo permitió. Pero tanto como seamos conscientes de habernos apartado de El, lamentemos nuestra miserable culpa. Reconozcamos de corazón que ningún castigo es demasiado severo para nosotros, ni puede ser mal recibido (aunque es una cosa

dolorosa aprender a recibir dolor), si tiende a consumir la corrupción que se ha propagado dentro nuestro. Tengamos todas las cosas por ganancia, que Dios manda para limpiar las marcas del pecado y la vergüenza que llevamos en nuestras frentes. Llegará el día al fin cuando nuestro Señor y Salvador develará a todo el mundo ese Sagrado Rostro, que ningún pecador puede ver y seguir vivo. Entonces el mundo será forzado a mirar a Aquel a quien ellos traspasaron (Is 53, 5) con su maldad impenitente: “todos los rostros mudarán de color” (Joel 2, 6). Entonces discernirán lo que ahora no creen, la total deformidad del pecado, mientras los Santos del Señor, que parecían sobre la tierra llevar el rostro de hombres comunes, despertarán uno después del otro según Su semejanza, y será temible mirarlos. Y entonces se habrá cumplido la pro-

mesa dada a la Iglesia en el Monte de la Transfiguración. Será “bueno” estar con aquellos cuyas tiendas pueden haber sido para nosotros un engaño en la tierra, si se nos hubiera permitido construirlas. Veremos a nuestro Señor, a Su Bienaventurada Madre, a los Apóstoles y Profetas, y a todos aquellos hombres rectos de quienes leemos ahora en la historia, muy larga para conocer. Entonces se nos enseñarán esos Misterios que ahora están por encima de nosotros. En palabras del Apóstol, “Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a El, porque le veremos tal cual es. Todo el que tiene esta esperanza en El se purifica a sí mismo, como El es puro” (1 Jn 3, 2-3).

La iglesia Anglicana: el hogar espiritual de *NEWMAN*

FERNANDO MARÍA CAVALLER

Fue su hogar hasta el 9 de octubre de 1845. Inglés y anglicano son la misma palabra, acuñada así por los hechos desde el siglo XVI. No es ocioso pensar, aunque sí irónico, que el cisma que produjeron los deseos matrimoniales y de descendencia de Enrique VIII, nunca del todo concretados después de seis intentos y varias muertes, produjo, sin embargo, una alianza estable: la del Estado con la Iglesia, que lleva justamente el atributo de “establecida”, alianza que, aún vigente en época de Newman, se hacía cada vez más insostenible para los verdaderos creyentes, y que comenzó a amenazar ruina de divorcio. Hoy asistimos ya a ese divorcio, anunciado por la actual reina, que parece no querer ser más cabeza de la Iglesia de Inglaterra.

La Iglesia de Inglaterra era desde 1535, excepto durante el breve reinado de la católica María Tudor, una creación de Enrique VIII, como dice bien el P. Morales en su biografía. Al principio la separación, cisma aparte, no significó polémica ni disenso doctrinal, pero adquirió paulatinamente carácter protestante por influencia del arzobispo de Canterbury Thomas Cranmer, muerto en 1556, consolidándose así bajo el reinado de Isabel I, quien fue excomulgada en 1570 por el Papa Pío V. La idea esencial

del cisma consistió en la llamada supremacía del rey sobre la Iglesia, siendo éste y no el Romano Pontífice quien presidiría *de derecho* y gobierna *de hecho* la Iglesia de Inglaterra, a través del Consejo privado. Los nombramientos de obispos y demás designaciones eclesiásticas serían competencia del Parlamento. Es decir que estamos en presencia de una verdadera Iglesia nacional, dirigida por el Estado.

Sin embargo, el anglicanismo, que tardó casi un siglo, desde 1550 hasta 1650, en protestantizarse bajo el régimen de Cromwell, tuvo importantes pensadores, teólogos y obispos, del siglo XVII y aún del XVIII, que Newman apreció como fuentes de esa querida reforma a la que aspiraba. En gran medida los “tracts” del Movimiento de Oxford, trataron de recopilar los escritos de los mismos en una suerte de “catena áurea” anglicana, con vistas a conformar un “corpus theologicus” del que la iglesia carecía. Se trataba de teólogos y eclesiásticos que representaban la opción catolizante dentro del anglicanismo, tales como John Jewell (†1571), Richard Hooker (†1600), ambos del siglo XVI, Lancelot Andrewes (1555-1626, obispo de Winchester, uno de los principales traductores de la Biblia al inglés bajo el mandato del rey Jacobo I

Estuardo, y cuyas obras fueron reeditadas por los anglocatólicos en 11 volúmenes hacia 1850), William Laud (1573-1645), arzobispo de Canterbury, consejero de Carlos I Estuardo y autor del intento de una importante restauración del anglicanismo como rama de la Iglesia católica antigua), Henry Hammond (1605-1660, biblista y teólogo, capellán de Carlos I Estuardo, autor del *Practical Catechism*, con obras en 3 volúmenes también reeditadas por los Anglocatólicos), Joseph Butler (1692-1752, obispo de Durham, teólogo y filósofo, autor de la célebre *Analogía de la religión, natural y revelada*, libro que influyó toda la vida en el pensamiento de Newman), Thomas Wilson (obispo de la isla de Man entre 1698 y 1755, y fama de santidad por sus escritos espirituales y firme acción pastoral), George Bull (1634-1710, obispo de St. Davis, teólogo autor de la famosa obra *Defensio Fidei Nicaenae*, elogiada por Bossuet), y otros.

No se trataba, por cierto de una opción de acercamiento a Roma, ni tampoco de volver al papel de la Iglesia en la monarquía de principios del siglo XVII, como era el caso del obispo Laud con Carlos I, sino que, en vista de que políticos liberales alteraban por su cuenta los principios que regían la función de la Iglesia (reforma de 1832), se buscaba principios eclesiológicos anteriores a 1688, de raíz bíblica y patristica, para revitalizar el anglicanismo del siglo XIX (en 1688 tuvo lugar la revolución inglesa por la cual acabó el reinado de Jacobo II Estuardo, y después de la cual se destituyó a los obispos que no quisieron jurar fidelidad a Guillermo de Orange, los "Non jurors").

La Iglesia Anglicana había caído en la rutina, la dejadez espiritual, un puro for-

malismo frío y vacío, que no mostraba fuerza frente al liberalismo y pragmatismo reinante. Por otra parte estaba dividida. La "*Low Church*" (Iglesia Baja) había aparecido en el reinado de Isabel I, interpretando los 39 artículos del credo anglicano en clave protestante y calvinista, contrarios al régimen episcopal (estos artículos fueron aprobados en 1571 por la asamblea de la jerarquía y clero, y tuvieron que ser suscriptos obligatoriamente por los clérigos y miembros de las universidades hasta la segunda mitad del siglo XIX). La "*High Church*" (Iglesia Alta), en cambio, encarnaba la tendencia tradicional, conservadora en lo social y político ("tory") y portadora de la "ortodoxia" de los primeros Concilios y Padres de la Iglesia, fuertemente antiprotestante y episcopal. Había una High Church en sentido político-ecclesiástico que no daba importancia a lo teológico (la Iglesia Nacional denominada "Church and King"), pero estaba aquella de la cual surgió el "*Movimiento de Oxford*" también llamado *Tractariano* (por los "tracts" que publicaban), o *Apostólico* (por el criterio de "antigüedad" en base al cual se distinguía a la Iglesia anglicana), y finalmente llamado "*Anglocatólico*" (por referencia a la Iglesia católica antigua y universal, no a la Iglesia Católica Romana, que rechazaban y de la cual querían distinguirse).

Por otra parte, durante el siglo XVIII, el Metodismo fundado por John Wesley, impulsó dentro de la comunión anglicana el grupo del *Evangelismo*, versión muy reducida de la doctrina anglicana tradicional, más bien antidogmático y fundamentalmente proselitista, pero que añadió un cierto colorido y vitalidad. Fue recibido especialmente por las clases menos instruidas. Es verdad que era esencialmente protestante. Afirmaba la sola autoridad de

la escritura ("sola scriptura"), la predicación de la Palabra, la sola fe para la justificación, el rechazo de la regeneración bautismal y las buenas obras, el pesimismo luterano sobre la corrupción del hombre después del pecado original, la creencia en la cercanía de la Parusía, la seguridad de los "elegidos" acerca de la salvación, etc. En la década de 1830 el evangelismo comenzó a tener adeptos entre las clases más adineradas. Su mensaje era mover a la conversión, proclamando la necesidad de una religión personal. Era un movimiento que despreciaba a la High Church. Newman perteneció a él desde sus quince años hasta los veintiocho. Poco a poco le abandonó, y su relación en Oxford con Froude y Keble le acercaron cada vez más a la High Church. Este fue también el motivo de sus malos entendidos con su familia. Dicho con simpleza, el evangelismo era el extremo más protestante del anglicanismo, mientras que la High Church era el más católico, aunque ambos eran antirromanos.

Con todo, Newman comentó en sus últimos años que *el evangelismo había sido una gran bendición para Inglaterra, había inculcado en los corazones de miles de personas las verdades vitales y fundamentales de la revelación*. Pero el peligro que encerraba era evidente. El concentrarse en los sentimientos del corazón llevaba a un menosprecio de lo externo y objetivo en materia religiosa: el credo, los sacramentos y la Iglesia visible. La teología perdía valor, lo dogmático no interesaba. Esto favorecía el auge del racionalismo que consideraba las creencias como opiniones o sentimientos. El evangelismo derivaba necesariamente en un liberalismo religioso, relativista, adoptado

por los mismos dirigentes en su política eclesiástica. Este fue el liberalismo racionalista de la época, contra el cual Newman luchó, y que le llevó a desconfiar poco a poco de la Iglesia establecida, que no se oponía a todo ello. La verdad no importaba. Muchos de sus sermones de fines de la década de 1820 y la siguiente, son una constante enseñanza para prevenir contra esa especie de religiosidad puramente afectiva y subjetiva. Nunca fue un verdadero evangélico. Aunque nació a la fe por el evangelismo, a los quince años, allí mismo el elemento decisivo fue otro. *Desde los quince años, el dogma ha sido el principio fundamental de mi religión. No conozco otra; no puedo hacerme a la idea de otra especie de religión; religión como mero sentimiento es para mí un sueño y una burla. Sería como haber amor filial sin la realidad de un padre, devoción sin la realidad de un ser supremo*¹.

Otra secta era la de los *Latitudinarios* (tolerantes), que si bien no tenían mucha influencia, venían a engrosar los puntos de vista del evangelismo, ya que daban menos importancia aún al dogma y compartían la misma idea vaga sobre la Iglesia.

Finalmente estaban todos los separados del anglicanismo, descendientes directos del protestantismo, que componían el grupo de los *Disidentes*, los "non conformist Protestants", que no aceptaban el "establishment" oficial: unitarios, independientes, presbiterianos, metodistas, cuáqueros, etc.

Thomas Arnold (1795-1842), principal de Rugby, de formación humanista clásica pero reconocido liberal, implantó

¹ Apo., 49.

sus ideales educativos profanos, con una moral que sólo de lejos tenía que ver con lo religioso. Quiso reunir bajo el anglicanismo a todas las confesiones cristianas, fueran cuales fueran sus creencias, excepto, claro está, a los papistas. Esto se promovía para evitar que la Iglesia anglicana perdiera su carácter oficial y por razones políticas de conveniencia parlamentaria. En 1833 Arnold publicó un artículo en la *Edinburgh Review*, titulado *Los malignos de Oxford*, donde trataba a los tractarianos de fanáticos formalistas judaizantes. En este sentido, uno de los eventos que indignará más a Newman, fue el nombramiento de un obispo anglicano en Jerusalén, con jurisdicción sobre luteranos y anglicanos. Ya en un sermón de 1829 había criticado lo que llamaba *método ecuménico equivocado*, consistente en que las partes se otorguen mutuas concesiones, dejando cosas esenciales al anglicanismo.

La idea de la sumisión de la Iglesia al Estado, doctrina llamada *erastianismo*, por Tomás Erasto, reformador del siglo XVI, era común en la Iglesia de Inglaterra. Los obispos, en gran medida, aparecían como funcionarios oficiales. La Iglesia Anglicana era realmente, y aún lo es, una Iglesia Nacional, vinculada desde su origen a la monarquía. En este sentido la High Church combatió al Movimiento de Oxford, aunque éste había brotado de su seno, pues trataba de liberar a la Iglesia de semejante esclavitud, recordando desde los "tracts" su origen y misión divina, así como la doctrina de la sucesión apostólica de los obispos. En el Tract 2, escrito por Newman, dice: *...dejadme llamar vuestra atención sobre lo que parece infringir más peligrosamente nuestros derechos por parte del Estado. El parlamento ha decidido remodelar las diócesis de Irlanda, un procedimiento que*

significa el nombramiento de ciertos Obispos sobre cierto clero, y de cierto clero bajo ciertos Obispos, sin consultar a la Iglesia en la materia. No digo que hay o no daño con referencia a Irlanda, pero considerad si no es en sí misma una interferencia en las cosas espirituales. ¿Estamos contentos en ser tenidos como una mera creación del Estado, como pueden ser los maestros, profesores, soldados, magistrados y otros oficios públicos? ¿Nos hizo el Estado?, ¿nos puede deshacer?, ¿puede enviar misioneros?, ¿puede arreglar diócesis? Ciertamente, todas estas son funciones espirituales... ¿Habría soportado San Pablo, con su buena voluntad, que el poder romano nombrara a Tímateo obispo de Mileto o de Efeso?... ¿En qué es diferente el estado inglés del antiguo estado romano? Ninguno de los dos puede ser contado como miembro de la Iglesia de Cristo. Nadie puede decir que el parlamento inglés está en comunión con nosotros, ni siquiera que sus miembros son necesariamente cristianos. ¿Qué pretensión es, pues, la de no advertir meramente, si no la de sobrepasar el poder eclesiástico? Convenid conmigo, mientras expreso mi temor, de que no hemos considerado tanto como debiéramos, la fuerza de aquel artículo de nuestra fe, "Una Iglesia Católica y Apostólica". Es esta una afirmación tan importante que ha estado en el Credo desde el comienzo... una Sociedad, Apostólica porque fundada sobre los Apóstoles, Católica porque extiende sus ramas por todo lugar... Si expresamos nuestra fe en la existencia de Una Iglesia sobre la tierra desde la venida de Cristo hasta el fin de todo, si existe una promesa de que continuará, y si es nuestro deber hacer en esta generación lo que promueva su continuidad, ¿cómo podemos con conciencia recta soportar la interferencia de la Nación en lo que le concierne? ¿No



Monumento en memoria de los "mártires" anglicanos Cranmer, Ridley y Latimer, durante el reinado católico de María Tudor. La suscripción al memorial comenzó después de la publicación de los "Remains", que los opositores de Newman tacharon de "papistas". Newman, Keble y Pusey rechazaron suscribirse. (Grabado del siglo XIX).

*tiende esa interferencia a destruirla?... No podéis quizás evitar lo que ha sido hecho en Irlanda, pero podéis protestar*².

El texto muestra a Newman líder del Movimiento, decidido, seguro de sus argumentos y desplegando la característica elocuencia, llena de devoción. Con estas citas, que no es fácil abreviar, queremos aproximar al lector a textos auténticos, muchos de los cuales, como el anterior, se traducen por vez primera. Los "Tracts for the Times" fueron 90, publicados desde

1833 hasta 1841, veintiocho de los cuales fueron escritos por Newman.

Lo que unía a todos los sectores, incluido el Movimiento de Oxford con Newman, era una profunda aversión por el Papado. Muchos lo consideraban seriamente como el signo del anticristo. El mismo Newman dice en su *Apología* que *de joven, y una vez crecido, pensaba que el Papa era el anticristo. Por Navidad de 1824-1825 prediqué un sermón sobre este tema... Sucesivamente, y sin que pueda precisar el*

² *Tracts for the Times*, I, 2, Rivingson, Londres, 1840.

orden o fechas de mis palabras, yo hablé de la Iglesia de Roma como ligada a "la causa del anticristo", como "uno de los muchos anticristos" predichos por San Juan, o como Iglesia que tenía en sí misma algo "verdaderamente anticristiano" o "no cristiano". Desde mi niñez, y en 1824, de acuerdo con autoridades protestantes, me imaginé que San Gregorio I, allá por el año 600, había sido el primer Papa anticristo, si bien, a pesar de eso, había sido igualmente un hombre grande y santo; pero en 1832-1833 pensé que la Iglesia de Roma se había ligado a la causa del anticristo en el Concilio de Trento. No puedo decir en qué momento abandoné deliberadamente la idea de que al nombre de esta Iglesia acompañaría siempre un reproche, pero creo que hasta 1843 no me decidí a renunciar a ella, aunque mi razón me lo ordenaba, llevado de una especie de exceso de conciencia o de prejuicio³.

El lector va descubriendo, seguramente, que el mejor biógrafo de Newman es él mismo. Su *Apología* nos muestra una buena pintura del hogar natal de la Iglesia anglicana, y qué dificultoso fue salir de él, aún sabiendo la verdad. Gracias a la amistad con Hurrell Froude, comenzó a apreciar el catolicismo romano, no en lo que consideraba en principio corrupeiones, sino en sus elementos más dogmáticos, en su liturgia y práctica sacramental. Desde el momento que conocí a Froude, aflojó más y más mi violencia en este punto (lo del anticristo)... Además, por lo menos durante la época de los "tracts", pensaba que la esencia de su pecado consistía en los honores que rendía a la bienaventurada Virgen y a los santos, y

cuanto más crecía mi devoción a los santos y a nuestra Señora, más me enfadaban las prácticas de Roma... Hurrell Froude estaba siempre empeñado en desterrar esa idea de mi espíritu... De Froude aprendí, además a admirar a los grandes pontífices medievales y, naturalmente, cuando comprendí que el Concilio de Trento fue el gran giro de la historia de la Roma cristiana, me sentí tan libre como gozoso de hablar en su alabanza... Además su celo en mantener la doctrina y la regla del celibato, que yo tenía por apostólico, y su fiel armonía con la antigüedad en tantos otros puntos, eran un argumento y apología en favor de la gran Iglesia de Roma. Así aprendí a fomentar sentimientos de amor para con ella⁴.

Sin embargo, la formación anglicana significaba ser irreconciliablemente antirromano. Por ello también nos dice: *Como asunto, pues, simplemente de conciencia, aunque iba contra mis sentimientos, sentía ser un deber protestar contra la Iglesia de Roma. Pero era, además, un deber porque la prescripción de tal protesta era principio vital de mi propia Iglesia, no fundado simplemente en una tradición de escuela, sino en el consentimiento de sus teólogos y en la voz de su pueblo... Yo creía y realmente medía mis palabras al usarlas, mas, por otra parte, me daba cuenta ser en mí una tentación hablar siempre y cuanto pudiera contra Roma a fin de defenderme a mí mismo contra la acusación de papista⁵.*

Estas dificultades se irán resolviendo en su mente, hasta que quedará sólo lo más superficial como crítica. Así, pues,

³ Apo., 52.

⁴ Apo., 53-54.

⁵ Apo., 54-55.

pública y personalmente, en mi oposición a Roma recurrí ahora a sus inconsistencias, a su ambición e intrigas, a sus sofisterías (tal como entonces las consideraba). Ello era para mí una especie de alivio. Desde el verano de 1839 sentía una grande y creciente desgana de hablar contra la Iglesia romana o contra sus doctrinas⁶.

En la misma medida crecía también la lucidez para ver las "inconsistencias" de su propia Iglesia, pero justamente por ello, y especialmente desde 1829, y concretamente ya en 1833, se sintió llamado a la misión de salvar su hogar espiritual. El descubrimiento de Roma se da paralelamente con el deseo de rescatar al anglicanismo. Sentía afecto, pero no cariño, por mi Iglesia; sentía espanto ante su porvenir, angustia y desprecio ante su perplejidad inerte. Pensaba que si el liberalismo llegaba a asentar su pie dentro de ella, su victoria era, a la postre, segura. Los principios de la reforma protestante me parecían impotentes para sacarla del atolladero. Pero abandonarla no me pasó jamás por las mientes. Sin embargo, siempre tenía ante los ojos que había algo más grande que la Iglesia establecida, y ello era la Iglesia Católica y Apostólica, instituida desde el principio, de la que aquella era sólo la presencia y órgano local. Si no era esto, no era nada. Había que tratarla con firmeza, o estaba perdida. Era necesaria una segunda reforma⁷.

En 1837, después de tres años de trabajo, Newman publicó su obra *The prophetic office* (La función profética en la Iglesia considerada en relación con el

romanismo y el protestantismo popular). Newman dice que era un ensayo para comenzar un sistema de teología sobre la idea anglicana y basado sobre autoridades anglicanas⁸. En los "tracts" se había estado recopilando el pensamiento de teólogos anglicanos y ahora se trataba de escribir una obra didáctica, cuyo tema era la doctrina de la *Via Media*, nombre que según Newman había sido ya aplicado al anglicanismo por escritores de renombre. Lo cierto es que el anglicanismo como *via media* entre el romanismo y el protestantismo, sólo era religión en el papel, aunque Newman confiaba que un día demostraría ser una religión sustancial. En orden a fijar su pretensión habla de la Iglesia anglicana como una de las tres ramas, junto a la griega y la latina. La Iglesia católica había sido desde el principio, en todos los países, una, durante muchos siglos. Luego, porciones varias siguieron su propio camino, con daño de la verdad y de la caridad, pero no hasta el punto de destruirlas. Estas porciones o ramas fueron principalmente tres: la griega, la latina y la anglicana. Cada una de ellas heredó a la primitiva Iglesia indivisa "in solido" como su bien propio. Cada rama era idéntica a esta primitiva Iglesia indivisa, y en la unidad de esta Iglesia tenía unidad con las otras dos. Las tres ramas coincidían "en todo" a excepción de errores accidentales posteriores. Algunas han conservado en detalle partes de la verdad y usos apostólicos que otras no poseen, y estas partes pueden y deben apropiárselas de nuevo, aquellas Iglesias que han dejado se les escaparan⁹.

⁶ Apo., 121.

⁷ Apo., 31-32.

⁸ Apo., 64.

⁹ Apo., 68-70.

Los tres puntos fundamentales en que se basaba toda la teoría eran *el dogma, el sistema sacramental y la oposición a Roma*. Sin embargo, nos dice Newman, *no sólo había que construir una casa sobre ellos, sino que era menester amueblarla, y no es de maravillar que, una vez construida, lo mismo yo que otros nos equivocáramos al determinar la clase de muebles, cuáles convenían al estilo del edificio y cuáles eran de por sí deseables*¹⁰. Notemos como Newman mismo recurre a la imagen de la casa, del hogar, para referirse a su Iglesia, tan adecuada para expresar la importancia personal que suponía el intento de reforma y los riesgos de la empresa. Insiste en lo mismo cuando se trataba de responder a los deseos inmoderados de criticar a Roma: *Miremos por nuestra casa; tratemos primero, o por lo menos al mismo tiempo, de procurarnos lo que nos hace falta antes de pretender ser médicos de nadie*¹¹.

Su deseo era *dar substancialmente forma a una Iglesia anglicana viva, con posición propia y principios bien definidos, en la medida que esto podía hacerse escribiendo, con una predicación seria e influyendo sobre otros para lograrlo; una iglesia viva, con carne y hueso, con voz, con fisonomía, con movimiento y acción y voluntad propia*¹². Es casi obvio decir hasta qué punto llevó a cabo él mismo esa tarea de predicar seriamente y de escribir. Sus sermones anglicanos ocupan un lugar único, no sólo dentro del anglicanismo, sino en la homilética universal. Además de los quince *Sermones Universitarios* (University Sermons), predicados entre 1826 y 1843 sobre las relaciones entre la fe y la razón, y de los veintiséis *Sermones sobre temas del momento* (Sermons bearing on Subjects of the Day), predicados entre 1831 y 1843, se

destacan los ciento noventa y un *Sermones Parroquiales Simples* (Parochial and Plain Sermons), predicados entre 1825 y 1843 desde el púlpito de Santa María Virgen, la iglesia de la Universidad de Oxford, donde era Vicario. Esta colección forma por sí misma un verdadero "corpus" teológico, en el mejor estilo patrístico, donde Newman aborda, comentando la Sagrada Escritura y las doctrinas del Credo, no sólo los grandes temas cristianos sino las falencias del evangelismo, del protestantismo y sobre todo del liberalismo reinante, moviendo al auditorio de fieles a elevar su mirada a Cristo y crecer en devoción, con un estilo elocuente, poético y profundamente religioso. Pero han tenido eficacia más allá de su predicación, pues fueron escritos y publicados y, por tanto, han sido durante los últimos ciento cincuenta años lectura espiritual y formativa de miles de anglicanos y católicos.

Respecto a su deseo de influir personalmente, Newman desarrolló todo un pensamiento sobre el tema, pero sobretodo buscó actuar siempre de esa manera. El quinto Sermón Universitario se titula *El testimonio personal, medio de propagar la verdad*. Dice allí: *...la verdad se ha aceptado en el mundo no por su carácter de sistema, ni por los libros, ni por la argumentación, ni por el poder temporal que la apoyaba, sino por la influencia personal de quienes testificaron, tal como lo he explicado, siendo a la vez maestros y modelos de la misma... Los hombres se deciden, con pocas dificultades, a mofarse de los principios, a ridiculizar los libros, a reírse del nombre de los buenos; pero no pueden soportar la presencia de éstos. Es la santidad revestida de forma personal la que no pueden abatir, mirándola fijamente cara a cara; hasta el*

¹⁰ Apo., 69.

¹¹ Apo., 71.

¹² Apo., 72.

punto de que la conducta silenciosa de la persona fiel a la conciencia tiene asegurada de parte de los espectadores un tipo de reacción completamente distinta de cualquiera de las que provoca la pura razón versátil y locuaz... Nos será difícil valorar debidamente la fuerza moral que puede adquirir dentro de su círculo, al cabo de los años, un solo individuo ejercitado en la práctica de lo que enseña... Generalmente quienes gozan de popularidad aparecen como grandes figuras a distancia, pero pierden volumen cuando los tenemos cerca; en cambio, al atractivo de la santidad humilde tiene un carácter de irresistible urgencia; convence a los débiles, a los tímidos, a los vacilantes y a los que buscan; hace aflorar el afecto y la lealtad de todos los que en alguna medida tienen un espíritu parecido; y sobre la multitud irreflexiva o indócil ejerce un dominio soberano, fundado en su derecho divino a regirlos, que les mueve a temer y guardar silencio; se trata del derecho que ha recibido en herencia para que le obedezcan, aunque ellos no entienden los principios o criterios de aquél espíritu que "no ha nacido de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios (Jn 1,13)"¹³. Este fue exactamente el influjo que causaba Newman y el atractivo que ejerce aún a través de sus escritos.

La convicción sobre esta influencia personal necesaria la aplicaba al mismo Movimiento de Oxford: *Los movimientos vivos no nacen de comisiones, ni las grandes ideas operan por correo, aún suponiendo que haya correo a dos peniques... Ninguna gran obra ha nacido de un sistema; los sistemas, en cambio, surgen de esfuerzos*

individuales. Lutero fue un individuo. Los mismos errores de un individuo suscitan la atención..."¹⁴. Los "tracts" los repartía personalmente en lo posible y a caballo. Visité al clero de varias partes del país, fuese o no conocido mío, y frecuenté las casas de amigos en que, de cuando en cuando, se tenían reuniones de eclesiásticos... No me preocupaba si mis visitas las hacía a la Alta o a la Baja Iglesia; lo que yo quería era dar una fuerte sacudida en unión con todos los que eran opuestos al liberalismo, quienesquiera que fuesen"¹⁵. Y sin duda que produjo una fuerte sacudida. La influencia comenzó a ser enorme. De tan modestos elementos intelectuales tan fortuitos, de perspectivas tan poco prometedoras, el partido Anglocatólico ha venido a ser, súbitamente, un poder en la Iglesia nacional... En muy pocos años se formó una escuela de opinión, fija en sus principios, pero de alcance indefinido y progresivo, y extendida por todos los rincones del país. Si inquirimos lo que el mundo piensa de él, tenemos aún mayor motivo para maravillarnos, porque aparte el revuelo producido en Inglaterra, el Movimiento y los nombres de sus dirigentes eran conocidos de la policía italiana y de los leñadores de América"¹⁶.

Del tiempo que va entre 1833, comienzo del Movimiento, hasta 1841, dice Newman: *Fue humanamente hablando, el tiempo más feliz de mi vida. Me encontraba realmente en mi casa... En la primavera de 1839 mi posición en la Iglesia anglicana estaba en su apogeo*"¹⁷. Pero pocas páginas después, cuando comienza la tercera parte de la *Apología* que abarca los años 1839-1841,

¹³ O.U.S., 91-95.

¹⁴ Apo., 39.

¹⁵ Apo., 42.

¹⁶ Apo., 76.

¹⁷ Apo., 75.

dice: *Estoy a punto de trazar, en la medida de lo posible, la línea de la gran revolución espiritual que me llevó a abandonar mi propia casa, a la que me ligaban tantos vínculos, tan fuertes como dulces*¹⁸. En 1839 estudiaba más a fondo la controversia con Roma, sobre la base de la antigüedad o apostolicidad para su iglesia y la catolicidad para Roma. La antigüedad en cuanto fidelidad a los orígenes apostólicos la ostentaba el anglicanismo, y no Roma, que había añadido artículos a la fe y corrupciones a la devoción. Pero, en aquellas vacaciones de 1839, al comenzar a estudiar la historia de los monofisitas (herejía del siglo V que afirmaba una sola naturaleza en Cristo, la divina), su teoría sufrió el primer colapso; había “amueblado” mal la casa. *Fue durante el curso de esta lectura cuando por vez primera me vino la duda de que el anglicanismo fuera sostenible... Mi fuerte era la antigüedad, y ahora, a mediados del siglo V, me parecía ver reflejada la cristiandad de los siglos XVI y XIX. Vi mi cara en ese espejo: ¿Yo era un monofisita! La Iglesia de la “via media” estaba en la misma situación que la comunión oriental; Roma estaba donde está ahora, y los protestantes eran los eutiquianos*¹⁹. Otro impacto fue la lectura de un artículo de Nicolás Wiseman aparecido en la *Dublin Review*, sobre la pretensión anglicana comparada con los donatistas (otra herejía del siglo IV-V contra la cual luchó San Agustín), en donde encontró la frase del gran obispo de Hipona: *securus iudicat orbis terrarum* (la propia traducción de Newman era: “La Iglesia universal es en sus juicios, segura en la verdad”), con la cual respondía a la pretensión católica de los donatistas, apelando

a la cuestión de hecho de la comunión de las demás iglesias contra la separada. *Las palabras de San Agustín me hirieron con una fuerza cual no sentí antes nunca de cualesquiera otras palabras... la teoría de la “via media” quedaba completamente hecha polvo*²⁰.

Sin embargo, no se dió por vencido y pensó que su principal argumento en pro de las pretensiones anglicanas estaba en los cargos que pudiera alegar contra Roma. No tenía una teoría anglicana positiva, pero no quería ya hablar contra la iglesia romana o contra sus doctrinas. Más aún, comenzó a desear la unión entre ambas iglesias, si ello era posible y cuando fuera posible. Al comenzar a traducir a San Atanasio en 1840, volverá a encontrar en la historia arriana lo mismo que en la monofisita: *los arrianos puros eran los protestantes, los semiarrianos eran los anglicanos y Roma era ahora lo que fue entonces. La verdad no estaba en la “via media” sino en lo que se llamó “partido extremo”*²¹.

El propósito es aquí mostrar la Iglesia Anglicana como el primer hogar espiritual de Newman, y deberíamos incluir toda la historia hasta su conversión, pues como él mismo dice, *había contrariedad entre las pretensiones de las confesiones romana y anglicana, y la historia de mi conversión es simplemente el proceso del trabajo para lograr una solución*²². En el próximo número hablaremos de los orígenes religiosos de Newman en Ealing y del desarrollo de su vida religiosa en Oxford. Más adelante veremos sus últimos años como anglicano, desde 1840 a 1845, en el ámbito singular de Littlemore, lugar de su conversión.

¹⁸ Apo., 92.

¹⁹ Apo., 114.

²⁰ Apo., 117.

²¹ Apo., 139.

²² Apo., 112.

De "El Misterio de la Iglesia",
publicación del Internacional Centre of Newman's Friends

MARÍA, la segunda EVA

Quienes nos acusan de divinizar a María, por lo mismo niegan la divinidad de Jesús. Tales personas no saben lo que es la divinidad.

Diff. II 85 (7.12.1865)

Como ella es una creatura, puede naturalmente reclamarnos nuestra simpatía y familiaridad, pues no es sino nuestra compañera. Ella es nuestro orgullo –según las palabras del poeta, "la gloria de nuestra naturaleza manchada"–.

Diff. II 85 (7.12.1865)

Respecto a María, la miramos como a un ser cuyas acciones no conocemos, y si las conociésemos, no las podríamos imitar, cuyo nombre nos trae a la mente pensamientos luminosos y agradables, como emblema de la entrega temprana al Señor, de la piedad inocente, de la pureza angélica, de mansedumbre, modestia y paciencia, que brilla sólo con la luz de su Hijo y con el esplendor inefable de aquel Espíritu de poder que descendió sobre ella y le dio sombra, de donde ella recibió el premio de aquel sublime saludo de Gabriel: "Salve, tú eres la grandemente agraciada (llena de los dones divinos), el Señor está contigo, bendita eres entre las mujeres".

Mariologie 139 (25.3.1831)

Por tanto afirmo: cuando hemos captado la idea de que María llevó en su seno, aumentó y educó al Eterno en forma de un niño, ¿qué podría limitar el diluvio de pensamientos que tal doctrina envuelve? ¿Qué sorpresa y reverencia debe producir el saber que una creatura ha llevado tan cercana a sí la Esencia Divina?

Diff. II 82-83 (7.12.1865)

Cuando los santos Apóstoles anunciaron que Dios se había hecho carne, se creó una nueva idea y una nueva simpatía, una nueva fe y un nuevo culto; desde entonces fue posible un amor y una devoción supremos a El, algo que parecía imposible antes de tal revelación.

Diff. II 83 (7.12.1865)

En ella [María] los destinos del mundo cambiaron, y fue triturada la cabeza de la serpiente... en ella la maldición pronunciada contra Eva se convirtió en una bendición.

P.S. II 128.129 (25.3.1832)

En esta terrible transacción [el pecado del hombre] entran tres elementos: la serpiente, la mujer y el hombre; y al momento de la sentencia se anunció un evento para un futuro lejano, en el cual las mismas tres partes debían de nuevo encontrarse, la serpiente, la mujer y el hombre; pero debía tratarse de un segundo Adán y de una segunda Eva, y la nueva Eva debía ser madre del nuevo Adán. “Pondré una enemistad entre ti y la mujer, y entre tu descendencia y la suya” [Gen 3, 15]. La descendencia de la mujer es el Verbo Encarnado, y la Mujer cuya descendencia es éste, es Su Madre María.

Diff. II 32 (7.12.1865)

Si Eva fue elevada sobre la naturaleza humana por aquel don moral que llamamos gracia, ¿sería aventurado afirmar que María recibió una gracia aun mayor?... Y si Eva tenía este don interior sobrenatural que se le había concedido desde el primer momento de su existencia personal, ¿es posible negar que también María tuvo este don desde el primer momento de su existencia personal? No sé cómo puedo resistirme a hacer esta deducción: pues bien, esta es, simple y llanamente, la doctrina de la Inmaculada Concepción... y me parece que está clara en la doctrina de los Santos Padres, cuando afirman que María es la segunda Eva. Para mí, por tanto, es un fenómeno muy extraño que muchos hombres letrados y devotos choquen contra esta doctrina; y lo único que puede explicármelo es el suponer que, en efecto, no saben ellos lo que queremos decir por la Inmaculada Concepción.

Diff. II 45.46 (7.12.1865)

...negamos que ella [María] haya tenido un pecado original; porque por pecado original queremos decir algo negativo, a saber, la *privación* de aquel don sobrenatural inmerecido que es la gracia que Adán y Eva tenían al ser creados, privación y consecuencias de tal privación. María no podía merecer más que ellos la restauración de tal gracia; sino que le fue restaurada por la libre bondad de Dios, desde el primer momento de su existencia, y por ello, de hecho, ella nunca estuvo bajo la maldición original, que consistía en la privación de tal gracia. Y ella recibió tal privilegio para hacerla digna de llegar a ser Madre de tal gracia y de nuestro Redentor; para prepararla mental y espiritualmente a ello; y así, por la ayuda de la primera gracia, ella podía crecer en la gracia, de manera que cuando el Ángel llegase y el Señor estuviese cercano, pudiese ella ser la “llena de gracia”, preparada tanto cuanto una creatura puede estarlo, a recibirlo en su seno.

Diff. II 48.49 (7.12.1865)

Su santidad proviene no sólo del hecho de que ella es Su madre, sino también del hecho de que El es su Hijo... “si la raíz es santa, lo serán también las ramas” [Rom 11, 16]. De ahí los títulos que solemos darle. El es la Sabiduría de Dios, por tanto ella es la Sede de tal Sabiduría; Su Presencia es el Cielo, ella por consiguiente es la Puerta del Cielo; El es la Misericordia Infinita, ella es por tanto la Madre de la Misericordia. Ella es “la Madre del amor, del temor, del conocimiento, y de la santa esperanza” [Si 24, 18]; por ello es maravilloso que ella haya dejado tras sí en la Iglesia de la tierra ‘un perfume como de canela y

bálsamo, y una suavidad como de mirra escogida” [Si 24, 15]. Tal es, pues, la verdad que la Iglesia siempre ha acariciado en lo más profundo de su corazón, y que la penetrante aprehensión de sus hijos ha testimoniado, de manera que ningún límite puede ponerse a la santidad de María, fuera de los propios de una creatura.

Mix. 369 (19.8.1849)

Si María es la Madre de Dios, Cristo debe ser literalmente el Emanuel, el Dios con nosotros. Por ello sucedió que, cuando llegó el tiempo en que espíritus malvados y falsos profetas se hicieron más fuertes y atrevidos, y encontraron el camino para introducirse dentro del mismo cuerpo Católico, entonces la Iglesia, guiada por Dios, no pudo encontrar una manera más efectiva y segura de expulsarlos que el usar contra ellos la palabra *Madre de Dios*; por otra parte, cuando ellos retornaron del reino de Las tinieblas, y tramaron cómo podrían echar por tierra la fe Cristiana en el s. XVI, no encontraron una manera segura y expediente para su odioso propósito que el vilipendiar y blasfemar las prerrogativas de María, porque sabían muy bien que, si ellos lograban hacer que el mundo deshonrase a la Madre, muy cerca seguiría el deshonor del Hijo. La Iglesia y Satanás estaban de acuerdo en una cosa: en que la Madre y el Hijo siempre iban juntos; y la experiencia de tres siglos confirmó su testimonio, porque los Católicos que han honrado a la Madre, aún adoran al Hijo; mientras los Protestantes, que ahora cesan de confesar al Hijo, comenzaron por mofarse de la Madre.

Mix. 348 (14.10.1849)

...La confesión de que María es *Deipara*, o sea la Madre de Dios, es la salvaguarda con la cual sellamos y aseguramos la doctrina de los Apóstoles de toda evasión, y la prueba por la que descubrimos todas las pretensiones de todos esos malvados espíritus de “el Anti-cristo que se ha introducido en el mundo” [2 Jn 7]. Tal confesión declara que El es Dios, e implica que es también hombre; nos sugiere que El es aún Dios, aunque se ha hecho hombre, y que es verdadero hombre, aunque es Dios.

Mix. 347.348 (14.10.1849)

Si quisieras expresar de una manera distinta y sin error ni evasión la simple idea de la Iglesia Católica de que Dios es hombre, ... ¿lo podrías expresar de manera más enfática y equívoca que afirmando que nació como un hombre, y que tuvo una *Madre*? El mundo acepta que Dios es hombre; el admitirlo le cuesta poco, porque Dios está en todas partes, y (podríamos decir) es todo; pero luego se abstiene de confesar que Dios es el Hijo de María. Se abstiene, porque inmediatamente se siente confrontado por un hecho severo, que viola y sacude su incrédula manera de ver todas las cosas; la doctrina revelada inmediatamente toma su verdadera forma, y recibe su realidad histórica; y el Todopoderoso es introducido a Su propio mundo en un cierto tiempo y de una manera definida. Se rompen los sueños y las sombras se disipan; la verdad Divina no es ya una expresión poética, o una exageración devocional, o una economía mística, o una representación mítica. “Sacrificio y oblación”, las sombras de la Ley, “tú no quisiste, pero me has formado un cuerpo.” [Heb 10, 5]

Mix. 346.347 (14.10.1849)

Cuando gradualmente penetraron en la mente cristiana las ideas de su santidad y dignidad [de María], muy cerca las siguió la de su poder intercesor, como fundado en ellas.

Diff. II 73 (7.12.1865)

María es nuestra Madre solamente por el testamento que El nos dio desde la Cruz; su presencia no está en la tierra, sino sobre la tierra... No escuchamos su nombre en la administración de los sacramentos. Su obra no consiste en ninguna administración en nuestro favor; su poder es indirecto. Son sus oraciones las que nos sirven de apoyo, y éstas son eficaces por el *fiat* de Aquél que lo es todo en todos. Ni necesita ella escucharnos por un poder suyo innato, o por algún don personal; sino por la manifestación que El le hace de nuestras oraciones... y así la Presencia Divina es el Poder mediador por el cual nosotros nos acercamos a ella y ella se acerca a nosotros.

Diff. II 84 (7.12.1865)

El punto en que insistiré es muy simple, aunque sobre él disputan los extraños a la Iglesia... que las glorias de María tienen a Jesús como único objetivo; y que si la confesamos a ella como la primera de las creaturas, es porque así podemos confesarlo a El más debidamente como nuestro solo Creador.

Mix. 344 (14.10.1849)

Historical Sketches, vol I

IV parte: "Primitive Christianity" del *British Magazine* (1833-1836), cap II

(ya fue publicado el I^{er} capítulo dedicado a San Ambrosio, "Newmaniana" n° 7, abril 1993)

¿Qué dice VICENTE DE LERINS?

TRADUCCIÓN

PBRO. CARLOS BALIÑA

1.

Es bastante claro que la mayor parte de las personas en la actualidad es proclive a maravillarse ante la vehemencia mostrada por los primeros obispos de la Iglesia en su defensa de la fe católica. Atanasio, Hilario, Basilio, Gregorio y Ambrosio resistieron la difusión del arrianismo aún a costa de sus propias vidas. Sus repetidos esfuerzos y reclamos, ¿qué sentido tuvieron? El hombre mundano responderá que fueron "contiendas de palabras, perwersas disputas, extrañas cuestiones, que no ayudan a alcanzar el fin de toda religión, o sea la paz y el amor. Esto es lo que ocurre por insistir tanto en la ortodoxia: ¡alborotar a todo el mundo!" *Tantum religio potuit*¹, etc., como dice el poeta epicúreo.

Ese es ciertamente el fenómeno que debemos contemplar: el de ellos es un estado de ánimo raras veces experimentado y

poco comprendido en la actualidad; sin embargo, y precisamente por dicha razón, es por lo menos interesante para el anticuario, aunque no fuese además una actitud acertada y cristiana. El más alto fin de la unidad de la Iglesia, al cual mira actualmente la mayoría de los hombres educados es la serenidad y la unanimidad; como si la Iglesia no estuviese construida sobre la fe, y la verdad no fuese el primer objeto de los esfuerzos de los cristianos, y la paz el segundo. La única idea que los estadistas, los abogados, los periodistas y los hombres de letras tienen de un clérigo es que él es por oficio, un "hombre de paz"; y si éste se ve obligado a condenar, a resistir o a protestar, inmediatamente se eleva el grito: "¡qué actitud tan deplorable en un ministro de paz!". Se piensa que la Iglesia es invaluable como promotora del orden y la sobriedad, pero nada más. Lejos de mí aparecer como despreciando lo que realmente es una de sus más altas funciones;

¹ Se refiere a la frase de Lucrecio, *Tantum religio potuit suadere malorum!*, *De Rerum Natura*, I, 101; o sea, ¡Cuántos crímenes ha inducido la religión! N. del Tr.

pero aún así, una parte de sus deberes nunca será equivalente a la totalidad de los mismos. Al presente, el bello ideal de un clérigo ante los ojos de muchos es el de un “reverendo gentleman” que tiene una gran familia y “administra consolación espiritual”. Ahora bien, me atrevo a decir que la confesión de la fe católica es una parte de los deberes de los ministros cristianos, y de los fieles cristianos también. Sin embargo, en la actualidad, si llega a suscitarse alguna diferencia en materia de doctrina entre cristianos, el primero y último deseo, el principal propósito, de los así llamados hombres prudentes, es acallarla. No importa de qué se trate la diferencia, ésta es considerada de poca importancia, de tal modo que vuestros hombres prudentes no se tomarán siquiera el trabajo de averiguar de qué se trata. Podría tratarse de un caso de teísmo o ateísmo, pero ellos no admitirán, no importa de qué se trate, que no puede tratarse de algo poco más que secundario a la preservación del buen entendimiento entre cristianos. Piensan, no importa de qué se trate, que puede posponerse para una consideración futura sin temor a ningún daño —las cosas se solucionarán por sí solas— y que el deber urgente es presentar un frente compacto y decidido a nuestros enemigos externos, para prevenir que el tejido exterior de la Iglesia se vea debilitado por disensiones y denostado por todos aquellos que lo contemplan. Ciertamente la Iglesia existe, especialmente, por razón de la fe encomendada a su custodia. Pero nuestros hombres prácticos olvidan que el remedio puede ser peor que la enfermedad; que la herejía latente puede ser peor que una disputa de partido, y que,



San Vicente de Lerins.

en lo que respecta a su trato hacia la Iglesia, ellos realizan la bien conocida frase del satirista:

*“Propter vitam vivendi perdere causas”.*²

No es ninguna maravilla que actúen de este modo, cuando han estado por tanto tiempo acostumbrados a fusionar la Iglesia con la nación, y a hablar de “Protestantismo” en abstracto como sinónimo de la verdadera religión; a considerar a la “tolerancia”, como ellos la llaman, como el mérito característico de nuestra Iglesia; ya considerar que su principal desgracia es la exposición hacia el mundo de aquellos prin-

² Juvenal, Sátira VIII, 83-84, “Perder la razón de la vida por el hecho de seguir viviendo”. N. del Tr.

cipios y criterios antagónicos, que son los que realmente operan dentro de ella. Pero hablando de exposición, ¡qué actitud escandalosa tuvo San Pedro al ejercer su potestad apostólica sobre Ananías! ¡O la de San Juan al amenazar a Diotrefes! ¡Y qué actitud la de San Pablo al decirle a los Corintios que él tenía “un palo” para ellos en caso de ser desobedientes! Uno debería pensar en consecuencia que a la Iglesia le fueron entregadas armas, no sólo para ser exhibidas, sino también para ser usadas. Pero nuestra época piensa las cosas de otro modo y considera que la Iglesia es tanto más fiel al modelo original cuanto no cuida de la fe por sí misma, ni utiliza los medios divinamente ordenados por medio de los cuales ésta debe ser guardada. Ahora, sé muy bien que para la gente que piensa de este modo, ni Ambrosio ni Agustín tienen más autoridad que un *non juror*³ inglés. Y sin embargo, para los que no piensan así, puede servir de consuelo, de aliciente, de satisfacción, saber que no son las primeras personas en el mundo en sentir y juzgar de la religión de este modo que, actualmente, ha caído en descrédito.

2.

Sin embargo, algunas personas concederán, tal vez, que la verdad doctrinal debe ser mantenida, y que el clero debe mantenerla, pero luego insistirán en que no debemos hacer demasiado estrecho el camino de la verdad, en que éste es una amplia y regia avenida por medio de la cual

viamos hacia el cielo, y que los teólogos se han empeñado a lo largo de los siglos en estrecharlo, hasta haberlo angostado al punto de no poder recorrerlo más de dos personas, una al lado de la otra. Y más aun, se objetará que la excesiva exactitud fue la falta propia de los siglos cuarto y quinto, en los cuales se refinó las doctrinas acerca de la Santísima Trinidad y de la Encarnación, hasta el punto de que el sendero de la vida se asemejó a ese filo de navaja que, según el Corán, se encuentra sobre el lugar del castigo y deberá ser atravesado por todo hombre al fin del mundo.

Ahora bien, no puedo negar, no importa cuan desventajoso pueda resultar para su reputación, que los Padres representan el estrecho sendero de la fe y que, más aun, su excelencia y realeza reside precisamente en su estrechez. Así es, ciertamente, la ortodoxia. Pero cabe preguntarse si esta característica suya no constituye un argumento contra su origen divino. Ciertamente esta sutileza, como es llamada, no es desconocida a otras religiones y credos, distintos de aquel que la primitiva Iglesia identificó con el Cristianismo. Inclusive no es una paradoja afirmar que tanto la religión natural como la revelada está llena de disposiciones similares. Por ejemplo, en el caso de la ética, incluso un filósofo pagano nos dice que la virtud consiste en un medio —esto es, en un punto entre dos extremos indefinidamente separables— de tal modo que “los hombres son buenos de un modo determinado y malos de muchos otros modos”. El mismo principio vale en el sis-

³ Término que designa a los clérigos anglicanos que se negaron a prestar el juramento de fidelidad y supremacía a los reyes Guillermo y María y sus sucesores luego de la revolución de 1688. N. del Tr.

tema revelado de la comunicación espiritual; el don de la gracia depende de prescripciones positivas, simples y definidas: el uso de un poco de agua, la proferición de unas pocas palabras, la imposición de las manos, y cosas por el estilo, que, hay que convenir, son realmente esenciales a la comunicación de bendiciones espirituales, pero que son tan formales y técnicas como cualquier credo puede llegar a serlo. En una palabra, dicho tecnicismo está implícito en la misma noción de medio, que puede ser incluso definido como algo designado por el inescrutable decreto divino, como la condición necesaria para alguna otra cosa. En consecuencia, la simple cuestión que se nos presenta es saber si, de hecho, alguna doctrina es presentada por la Revelación como necesaria para ser creída en orden a la salvación. No existe ninguna dificultad antecedente en la cuestión: incluso hay probabilidad favorable a la existencia de alguna doctrina necesaria, por analogía con otros aspectos de la religión. El caso se reduce a la cuestión de hecho. La analogía es claramente señalada en uno de los sermones de San León Magno. En palabras del santo: "No sólo en el ejercicio de la virtud y en la observancia de los mandamientos, sino también en la vía de la fe, es estrecho y dificultoso el camino que conduce a la vida; y requiere grandes esfuerzos y comporta grandes riesgos caminar sin tropezar a lo largo del único camino de la sana doctrina, en medio de las opiniones inciertas y las verosímiles falsedades de los imperitos, y escapar de todo peligro de engaño cuando los lazos del error se extienden a cada lado"⁴.

San Gregorio Nacianceno dice lo mismo: "Hemos dicho adiós a las contenciosas desviaciones de doctrina, y a las compensaciones a cada lado, ni sabelianizando ni arrianizando. Estos son víctimas del maligno, quien es un mal árbitro en nuestras cuestiones. Mas nosotros, caminando a lo largo de la vía real, *en la cual se encuentra la esencia de la virtud*, apoyados en el juicio de los doctos, creemos en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo⁵."

Por lo tanto, no veo nada extraño en que la ortodoxia consista en lo que, a primera vista, parece una sutil y minúscula exactitud de doctrina; o en que sea nuestro deber luchar incluso hasta el martirio por dicha exactitud. Otra cuestión es saber si la exactitud de Ambrosio, León o Gregorio es la exactitud verdadera y revelada; todo lo que yo digo es no es muy difícil entender que ellos tienen razón en lo que dicen con respecto a la verdad y su importancia.

3.

Suponiendo ahora la cuestión planteada más arriba, nos preguntamos en consecuencia: ¿están Ambrosio, León y Gregorio en lo cierto? ¿Es correcto que nuestra Iglesia sostenga con ellos la doctrina atanasiana en aquellas sagradas cuestiones a las que se refiere, y que condene a aquellos que piensen de otra manera? ¿Qué respuesta debe darse? Respondo preguntando a su vez: supongamos que alguien inquiriese cómo sabemos que Ambrosio,

⁴ San León Magno, Sermón 25, PL 54, 208 C.

⁵ San Gregorio Nacianceno, Oración 32.

León o Gregorio estaban en lo cierto, lo mismo que nuestra Iglesia, en recibir las cartas de San Pablo, ¿qué responderíamos? La respuesta sería, que es un hecho histórico que el Apóstol escribió las cartas que se le atribuyen. ¿Y qué se quiere decir con hecho histórico? Que así ha sido siempre creído, declarado, registrado, que se ha actuado en consecuencia desde el primer día hasta el día de hoy; que no hay un punto asignable de tiempo en que no fue creído, ni momento alguno en que se pudiese decir que la creencia fue introducida; que los registros del pasado se desvanecen en esa creencia; que en la medida en que el pasado habla, habla en una sola dirección, y que solamente falla en aportar un testigo cuando falla en hablar en absoluto ¿Qué mayor testimonio podemos tener de un hecho pasado?

Pues bien, poseemos evidencias de este tipo para las doctrinas católicas que Ambrosio, León o Gregorio sostuvieron; nunca y en ningún lugar *no* han sido sostenidas; o en otras palabras, dondequiera sepamos algo acerca de antiguos tiempos o lugares, también sabemos acerca de estas doctrinas. Hasta donde los registros históricos se extienden, estas doctrinas son siempre reconocidas, en todas partes y por todos. Este es el gran principio del *Quod semper, quod ubique, quod ab omnibus*⁶, que nos preserva de la miseria de tener que encontrar por nosotros mismos la verdad de la Sagrada Escritura, basados sólo en nuestro juicio privado. El mismo que nos dio la Escritura, nos dio también la interpretación de la misma; y Él dio uno y

otro don del mismo modo, por el testimonio de las edades pasadas, como una cuestión de conocimiento histórico, o como se lo llama frecuentemente, por Tradición. Recibimos los dogmas católicos del mismo modo que recibimos el canon de la Escritura, como nuestro Artículo lo expresa: “de su autoridad” “nunca hubo duda en la Iglesia”.

Las recibimos por la Tradición Católica, y en consecuencia son llamadas doctrinas católicas. Y el hecho de que son católicas es una prueba de que son Apostólicas; nunca hubiesen sido universalmente recibidas en la Iglesia si no hubiesen tenido su origen en los orígenes de la Iglesia, si no hubiesen sido constituidas fundamento de la Iglesia por sus mismo fundadores. Así como las diferentes sucesiones episcopales en los diferentes países provienen de un mismo origen, los Apóstoles, del mismo modo, lo que ha sido comunicado a través de estas diferentes sucesiones viene de ese único origen. El Colegio Apostólico es el único punto en el cual convergen todas las líneas, y del cual todas proceden. Las tradiciones privadas, las inconexas tradiciones dispersas, no tienen autoridad; sólo los testimonios permanentes, reconocidos, públicos, definidos, inteligibles, múltiples y concordantes de una y la misma doctrina, poseen la abrumadora evidencia de su origen apostólico. No fundamos las pretensiones de ortodoxia en el poderío del razonamiento, no importa cuan grande sea, o en el prestigio de los nombres, no importa cuan famosos sean, sino en un hecho externo, en un argumento idéntico al que utilizamos para probar la autenticidad y la autoridad

⁶ Lo que siempre, en todas partes y por todos. N del Tr.

de los cuatro Evangelios. La tradición unánime de todas las iglesias a favor de ciertos artículos de fe es ciertamente una irresistible evidencia, más digna de crédito que la de los testigos en una corte, puesto que el testimonio de una muchedumbre es mucho más convincente que el testimonio de dos o tres. Que éste es verdaderamente el fundamento sobre el que se mantuvo la delgada línea de la ortodoxia en tiempos antiguos es evidente a partir de una inspección de los escritos de los mismos hombres que la mantuvieron: Ambrosio, León y Gregorio, o Atanasio e Hilario, y el resto, quienes expresaron su carácter católico de muchas más maneras de las que es posible aquí ejemplificar o aún explicar.

4.

Sin embargo, para dar al lector una idea general del estado de la cuestión, citaré en forma abundante el famoso opúsculo de San Vicente de Lerins acerca de la Herejía, escrito en el año 434, inmediatamente después del Tercer Concilio Ecuménico, convocado contra Nestorio. El autor fue originalmente un laico, soldado de profesión. Luego se hizo monje y recibió las órdenes sagradas. Lerins, el lugar de su monasterio, es una de las pequeñas islas cerca de la costa sur de Francia. En primer lugar, Vicente determina el principio que desarrollará, las circunstancias bajo las que lo hará, y si su principio es razonable y

valioso en sí mismo, de tal modo que queden claras las circunstancias que lo han llevado a realizar su exposición: "Preguntando a menudo con gran deseo y atención a muchos hombres excelentes, santos y letrados, cómo y por qué medios podría yo, con seguridad, y como siguiendo una vía general y ordinaria, discernir la verdadera fe católica de la falsa y perversa herejía, obtuve siempre la misma respuesta de todos ellos, a saber, que si yo o cualquiera deseara deshacer los fraudes de los novísimos herejes, escapar de sus trampas, y permanecer en la sana fe en forma íntegra y sana, debía de un doble modo, con la ayuda de Dios, defender y preservar su fe: primero por la autoridad de la ley de Dios, segundo, por la tradición de la Iglesia Católica".

Debe observarse que está hablando del modo en que un *individuo* debe buscar y alcanzar la verdad; asimismo debe notarse, como el reverendo obispo Jebb ha señalado, que está autorizando y sancionando la búsqueda personal. Y prosigue: "Aquí tal vez alguno pregunte, viendo que el canon de la Escritura es perfecto, y más que suficiente por sí mismo para todo, ¿qué necesidad tenemos de agregarle la autoridad de la interpretación eclesiástica? La razón es la siguiente: como la Escritura es en sí tan profunda, no todos los hombres la entienden en el uno y mismo sentido, sino que las mismas sentencias cada cual las interpreta a su manera, de suerte que casi pudiera

⁷ Vicente de Lerins, *Commonitorium primum*, cap II, PL 50, 639-640.

⁸ La admite en el caso de la ausencia en ese tiempo de una declaración autorizada de la Iglesia en relación con el punto particular en debate. Así, afirma que "No hubo necesidad de un Concilio Ecuménico para condenar a Nestorio; ya había sido condenado por la Escritura y la Tradición". (Newman agrega esta nota en 1872; recordemos que este artículo fue escrito entre 1833 y 1836, cuando era anglicano. El obispo John Jebb (1775-1833) fue un clérigo anglicano irlandés, de familia *non juror*, célebre por sus comentarios escriturísticos. N. del Tr.).

decirse que se dan tantas opiniones cuantos hombres haya. Novaciano la expone de una manera, de otra Fotino; Sabelio de un modo, Donato de otro; Arrio, Eunomio y Macedonio, la expondrán de esta manera, Apolinar y Prisciliano lo harán de esta otra; Joviniano, Pelagio y Celestio leen en este sentido, y Nestorio, por fin, en este otro. Por lo tanto es necesario para evitar tantas vueltas y lazos del error que la línea de exposición de la doctrina profética y apostólica sea dirigida según la norma católica y apostólica. Asimismo, dentro de la propia Iglesia Católica debe cuidarse diligentemente que se sostenga lo que ha sido creído *en todas partes, siempre, y por todos*. Esto es lo propio y verdaderamente católico, como lo declara la fuerza e índole misma del vocablo, que abarca todas las cosas en forma universal. Esto lo lograremos si seguimos la *universalidad*, la *antigüedad* y el *consenso*. Seguiremos la universalidad si profesamos la única fe que la Iglesia toda, a lo largo del orbe, confiesa; la antigüedad, si no nos apartamos en nada de aquel sentido que claramente sostuvieron nuestros padres y mayores; y el consenso si en esta misma antigüedad mantenemos las definiciones y sentencias de todos, o por lo menos la mayor parte de los sacerdotes y maestros en su conjunto”⁹.

A veces se dice que lo que es llamado ortodoxia o Catolicismo es sólo la opinión de uno o dos Padres —hombres falibles, al fin y al cabo, no importa lo aptos o persuasivos que puedan ser— quienes crearon una teología, la impusieron a su generación, y en

consecuencia reemplazaron la verdad Escriturística y el Evangelio real. Veamos como Vicente trata a dichos maestros individuales, no importa cuán dotados estén. Hablando en primer lugar de los judaizantes del tiempo de San Pablo dice: “Cuando, en consecuencia, dichos hombres, vagando por las provincias y las ciudades y ofreciendo la mercancía de sus errores, llegaron a los Gálatas, y éstos luego de haberlos escuchado, fascinados por la novedad herética, despreciaron la verdad y vomitaron el maná de la doctrina Católica y Apostólica, él esgrimió la autoridad apostólica y con gran severidad los amonestó: ‘Pero aun cuando nosotros mismos o un ángel del cielo os anunciara un evangelio distinto del que os hemos anunciado, sea anatema’¹⁰. ¿Qué significa que les diga, ‘aún cuando nosotros mismos’ y no más bien, ‘aún cuando yo mismo’? Significa: aunque Pedro, aunque Andrés, aunque Juan, aunque, en suma, todo el coro de los Apóstoles os anunciara un evangelio distinto del que os hemos anunciado, sea anatema. Una tremenda censura, en pos del mantenimiento de la firmeza de la primera fe, de la cual no se perdona a sí mismo ni a los demás apóstoles. Más como si para conservar la fe primera no bastase el recordar la condición humana, también incluye a la excelencia angélica: ‘aun cuando un ángel del cielo, dice, os anunciara un evangelio distinto del que os hemos anunciado, sea anatema’. Tal vez alguien diga que pronunció esto en forma ligera y llevado más bien por la impetuosidad humana que movido por la inspiración divina. Nada de eso, puesto que

⁹ Idem.

¹⁰ Gal 1, 8.



continúa recalcando lo mismo con el peso de una reiterada aseveración: 'Como lo tenemos dicho, también ahora lo repito: Si alguno os anuncia un evangelio distinto del que habéis recibido, sea anatema'. No dice, si algún hombre os predica un evangelio distinto del que habéis recibido, sea bendecido, sea recomendado, sea recibido, sino sea *anatema*, esto es, sea separado, echado fuera, excluido, no sea que la cruel infección de una oveja con su ponzoñosa compañía corrompa el incontaminado rebaño de Cristo"¹¹.

5.

Hay aquí un punto de doctrina sobre el cual debe insistirse cuidadosamente. Los Padres deben ser considerados primariamente como *testigos*, no como *autoridades*. Son los testigos de un estado de cosas existente, y sus tratados son como si fuesen, historias, que nos enseñan en primera instancia, cuestiones de hecho, no de opinión. No importa lo que ellos sean, profunda o pobremente educados en la fe y

¹¹ Vicente de Lerins, *op. cit.*, cap VIII, PL 50, 648-649.

el amor cristianos, no transmiten sus propios pensamientos sino las creencias recibidas de sus respectivas épocas. El especial valor de sus obras reside en el hecho de que despliegan ante nuestros ojos un estado de la Iglesia del cual no tendríamos de otro modo noción. Leemos en sus escritos un gran número de elevados y gloriosos principios y actos, y nuestro primer pensamiento es en consecuencia. "Todo esto debe haber tenido existencia en algún u otro lugar en aquellos tiempos. Estos hombres podrían muy bien estar hablando como de memoria, y no entender lo que están diciendo; mas lo que importa de sus escritos no es lo que ellos son en sí mismos". No es lo que importa de sus escritos, ni es tampoco la autoridad que emana de ellos, puesto que los *tiempos* en los que ellos escriben *son* tiempos de autoridad, aunque los Padres en sí mismos puedan no tener ninguna. Tertuliano o Eusebio pueden ser no más que puros testigos, y sin embargo, aunque más no fuese por ello, tienen derecho a ser considerados.

Ésta es incluso la visión protestante estricta. No estamos obligados a considerar a los Padres como *autoridades*, sino sólo como *testigos*. Supongo que la caridad y la piedad impulsarán al estudiante cristiano a ir más allá y creer que esos hombres que trabajaron tan perseverantemente y sufrieron tan severamente por la causa del Evangelio, realmente poseyeron algo de aquel ardiente amor de la verdad que profesaron, y fueron iluminados por aquella influencia por la que predicaron; pero estoy enunciando la doctrina protestante estricta, el gran principio polémico siempre a tener en cuenta, de que los Padres deben ser aducidos en las controversias meramente como testimonios de un estado de cosas existente, y no como autoridades. Al mismo

tiempo, ningún cándido protestante estará dispuesto a admitir que el estado de cosas del cual ellos dan testimonio, es, por estar tan cerca de la era apostólica, como acabo de decir, una autoridad máximamente solemne y decisiva para guiarnos en aquellos particulares acerca de los cuales la Escritura guarda silencio. Tanto reclamo de los protestantes consecuentes y tanto también les concedo. Gregorio y el resto pueden muy bien no haber sido más que cristianos nominales. Atanasio mismo pudo haber sido oscuro en todas las cuestiones doctrinales, a pesar de sus veinte años de exilio y sus innumerables peligros en mar y tierra; el noble Ambrosio, un alto y seco clérigo; y Basilio, un simple monje. No discuto estos puntos, pero reclamo "el derecho al juicio privado", hasta tener mi propia opinión en la materia, que mantengo para mí mismo.

6.

Puesto que tal es la enseñanza de los Padres y el consiguiente deber de seguirla, Vicente continúa hablando acerca de la miseria de la duda y el cambio. "Así pues, es un verdadero y genuino católico aquel que ama la verdad de Dios, la Iglesia, el cuerpo de Cristo; aquel que no antepone a la religión divina, a la fe católica, ni la autoridad de un hombre, ni el amor, ni el ingenio, ni la elocuencia, ni la filosofía, sino que despreciando todas estas cosas, firme en la fe, estable, está decidido a mantener y creer sólo aquello que conoce haber mantenido la Iglesia Católica universalmente y desde toda la antigüedad. Asimismo entiende que todo cuanto nuevo e inaudito sintiese que ha sido introducido después por alguien fuera o contra todos los santos, esto no pertenece a la religión, sino más bien a la tentación,

7.

aleccionado por las palabras del bienaventurado Apóstol Pablo, quien escribe lo siguiente en su primera Epístola a los Corintios: "Tiene que haber entre vosotros también herejías, para que se ponga de manifiesto quiénes son de probada virtud entre vosotros"...¹² ¡Qué miserable es el estado de los irresolutos! ¡Cuántas preocupaciones angustiosas, cuántas tormentas los agitan! Tan pronto son arrebatados por el error adonde les lleva el viento; tan pronto, vueltos contra sí mismos, entrechocan como olas contrarias; tan pronto aprueban con presunción temeraria cosas incluso que parecen inciertas, como se horrorizan de admitir con temor irracional incluso lo que es evidente; sin saber qué camino tomar, por cual retornar, ni qué apetecer ni qué evitar; ni qué aceptar ni qué rechazar. Y este mismo tormento de su corazón, pendularmente inquieto, sería medicina de la divina misericordia para con ellos... Así pues, al meditar una y otra vez todas estas cosas, no puedo dejar de maravillarme ante tanta insensatez de algunos hombres, de tanta impiedad de la mente cegada, de tanta pasión por el error, de forma que, no contentos con la regla de la fe, una vez entregada y recibida desde la antigüedad, buscan cada día cosas nuevas, y siempre se empeñan en añadir, cambiar o sustraer algo a la religión; como si no fuese una doctrina celestial a la que le basta haber sido revelada de una vez para siempre, sino más bien una institución terrena que no puede ser perfeccionada más que con continua enmienda, o, más aún, con ininterrumpida rectificación"¹³.

Luego San Vicente toma un texto y lo considera del modo en que un predicador moderno lo haría. El texto es el siguiente: "Oh Timoteo, guarda el *depositum*. Evita las profanas novedades de palabras, y también las objeciones de la falsa ciencia; algunos que la profesaban se han apartado de la fe". A continuación se detiene en las palabras *Timoteo*, *depósito*, *evita*, *profanas* y *novedades*.

Primero, *Timoteo* y el "*depósito*": "¿Quién es hoy día Timoteo, sino la Iglesia universal en general, y, especialmente, todo el cuerpo de los obispos, quien no sólo debe poseer íntegra la ciencia del culto divino, sino también comunicarla a los demás?"

¿Qué significa *guarda el depósito*? Guárdalo, dice él, por miedo a los ladrones, a causa de los enemigos, no sea que, durmiendo los hombres, siembren cizaña sobre aquella buena semilla de trigo que había sembrado en su campo el Hijo del Hombre. 'Guarda el depósito', dice él. ¿Qué es el depósito? Es aquello que te fue confiado, no lo que tú has descubierto; lo que recibiste, no lo que tú has pensado; lo que es propio de la doctrina, no del ingenio; lo que procede de la tradición pública, no de la conjetura privada. Algo que ha llegado hasta ti, pero que tú no has producido; algo de lo que no eres autor, sino custodio; no un fundador, sino un seguidor; no un conductor, sino un seguidor. Guarda el depósito.

¹² I Cor 11,19.

¹³ Vicente de Lerins, *op. cit.*, cap XX-XXI, PL 50, 665-666.

Preserva el talento de la fe Católica inviolado e intacto; lo que te ha sido confiado, en ti permanezca y por ti sea transmitido. Has recibido oro, entrega oro. No quiero que me sustituyas una cosa por otra. No quiero que desvergonzada y fraudulentamente pongas plomo o bronce en vez de oro; no quiero la apariencia de oro, sino el oro puro. Oh Timoteo, oh sacerdote, oh maestro, oh doctor, si el divino oficio te ha hecho idóneo por tu ingenio, ejercitación y ciencia, sé el Beseleel del tabernáculo espiritual, esculpe las preciosas piedras de la doctrina divina, ajústalas fielmente, adórnalas sabiamente, agrégales esplendor, dales gracia, dales belleza. Por tu iluminada exposición, aquello que antes era creído obscuramente sea entendido claramente. Que la posteridad se alegre por tu causa, al comprender lo que antes veneraba sin entender. Enseña las mismas cosas que aprendiste, de tal modo que, aunque las digas de un nuevo modo, no digas cosas nuevas.

A continuación '*evita*'. "Oh Timoteo, dice, guarda el depósito, evita las profanas novedades de palabras'. Evítalas, dice, como a una víbora, como a un escorpión, como a un basilisco, no sea que te hieran, no sólo con el tacto sino también con sus mismos ojos y aliento ¿Qué es *evitar*?: con el tal ni comer"¹⁴. ¿Qué comporta este *evitar*? 'Si alguno viene a vosotros y no es portador de esta doctrina'. ¿Qué doctrina sino la católica y universal y única, la que permanece idéntica en la tradición incorrupta de la verdad, a través de las edades, y así ha de permanecer sin término por todos los siglos? ¿Entonces qué? 'No le

recibáis en casa ni le saludéis, pues el que le saluda se hace solidario de sus malas obras"¹⁵.

Luego "*profanas*": "Profanas (dice) novedades de palabras' ¿Qué quiere decir: profanas? Las que nada tienen de sagrado, nada de religioso, totalmente extrañas al santuario de la Iglesia, que es el templo de Dios. 'Profanas novedades de palabras': de palabras, esto es, novedades de doctrinas, de materias, de sentencias; contrarias a la antigüedad y al pasado, que si se admiten, forzosamente acarrearán la violación, en todo o en gran parte, de la fe de nuestros bienaventurados padres. De su aceptación habría forzosamente que concluir que todos los fieles de todas las edades, todos los santos, todos los castos, todos los continentes, todas las vírgenes, todos los clérigos, diáconos y sacerdotes, tantos millares de confesores, tan grande ejército de mártires, tantas famosas y populosas ciudades y pueblos, tantas islas, provincias, reyes, razas, reinos y naciones, casi toda la redondez de la tierra, finalmente, incorporada por la fe católica a Cristo, su cabeza, en tan larga sucesión de siglos, hayan vivido sumidos en la ignorancia, hayan errado, hayan blasfemado, no hayan sabido qué cosa creer".

Por último '*novedades*'. "Evita, dice, las profanas novedades de palabras: acogerlas y seguirlas nunca fue de católicos, sino de herejes. En efecto, ¿qué herejía estalló jamás sino bajo un nombre concreto, en un cierto lugar, y en un tiempo determinado? ¿Quién fundó jamás herejías que no

¹⁴ Cfr. I Cor 5.

¹⁵ 2 Jn 10, 11.

se hubiera apartado antes del consenso de la universalidad y la antigüedad de la Iglesia católica? Esto lo prueban diversos ejemplos con claridad más que meridiana. ¿Quién jamás, antes de aquel profano Pelagio, tuvo la presunción de atribuir tal poder al libre albedrío, que afirmara no ser necesaria la gracia de Dios para ayudarle en cada acto bueno particular? ¿Quién antes de su monstruoso discípulo Celestio negó que todo el género humano quedara ligado con el relato de la culpa de Adán? ¿Quién se atrevió a desgarrar la unidad de la Trinidad antes del sacrílego Arrio, quién a confundir la trinidad de la unidad antes del criminal Sabelio? ¿Quién antes del crudelísimo Novaciano dijo que Dios era cruel y que prefería la muerte del moribundo, y no que se convirtiera y viviera? ¿Quién antes de Simón Mago, se atrevió a decir que el Dios Creador es autor de los males, es decir, de nuestros crímenes, impiedades y abominaciones? Puesto que Dios, afirma él, con sus propias manos ha creado la naturaleza humana de tal modo que por un cierto

movimiento propio, y como por impulso fatal de la voluntad, no puede hacer otra cosa ni desear otra cosa que pecar. Innumerables son los ejemplos de esta índole, que por razón de la brevedad pasamos por alto, con todos los cuales no obstante se demuestra con suficiente claridad y evidencia que éste ha sido siempre como el estilo y la ley en casi todas las herejías, a saber, el gozarse en las novedades profanas, despreciar las máximas de la antigüedad, y naufragar en la fe por las contradicciones de una falsa ciencia. Por el contrario, es propio de los verdaderos católicos guardar los depósitos y legados de los santos Padres, condenar las novedades profanas y, como dijo y repitió de nuevo el Apóstol: "Si alguno os anunciare fuera de lo ya recibido, sea anatema"¹⁶.

De todos estos extractos, que no son sino muestras de todo el tratado, llego a la conclusión de que Vicente era un muy pobre Protestante.

¹⁶ Vicente de Lerins, *op. cit.*, cap XXIV, PL 50, 670-672.

San Felipe Neri visto por NEWMAN

PBRO. RAUL MAUTI

1. UN MODO DIFERENTE DE HACER HAGIOGRAFÍA

La vida, y el genio singular de San Felipe Neri (1515-1595), fueron desde los días del Renacimiento, y a lo largo de los siglos, objeto de esmerados estudios.¹

Desde aquella primera biografía que Antonio Gallonio² compuso fundado en el conocimiento personal del Padre y fundador del Oratorio, y que sirvió de base al proceso de canonización del Santo, se abre un largo camino que congregará a un sinnúmero de estudiosos atraídos por la contagiosa figura del que con justicia fue llamado apóstol de Roma.³

Como es de suponer, fueron los hijos del oratorio, discípulos de San Felipe, los

primeros e incansables cultores de su vida y obra. Apenas canonizado en 1622 por el Papa Gregorio XV aparece la que llegará a ser su biografía clásica escrita por Pier Giacomo Bacci,⁴ cuyo objeto era ilustrar y engrandecer la figura del Santo difundiendo su culto. Le seguirán en el tiempo las obras de Crispino,⁵ Sonzonio,⁶ y Capecelatro,⁷ las cuales enriquecidas por la apertura de los archivos del Oratorio, y elaboradas con criterios hagiográficos más precisos, situarán al Santo en su real contexto histórico, avanzando más allá de la biografía de edificación.

Nuestra época, por su parte, ha sido testigo de importantes aportes en el campo de los estudios filipinos. Desde la monumental obra de A. Cistellini,⁸ que de manera exhaustiva

¹ Contrasta la abundante bibliografía con los pocos escritos conservados del Santo. Como ha notado A. Cistellini: "Felipe Neri era reacio a empuñar la pluma, y fue sobrio escritor. Sólo quedan de él treinta y cuatro cartas, casi todas no son de su puño, pero sí llevan su firma; tres sonetos y algunos escritos ocasionales, así como una serie de aforismos, exhortaciones y dichos que sus hijos espirituales recogieron de la boca del Padre y conservaron celosamente". cf. *San Filippo Neri, Gli Scritti e le Massime*, a cura di A. Cistellini d.o., prefazione de Massimo Marcocchi, Ed. La Scuola, Brescia 1994 pp. 6-7. Para los aforismos y dichos, se cita en adelante MR.

² Gallonio A., *Vita beati P. Philippi Neri Florentini*, Congregationis Oratorii fundatoris. Aloysium Zannettum, Romae 1600.

³ El título de *Apóstol de Roma* le fue reconocido por la casi mayoría de sus biógrafos. En la Iglesia de Sta. Maria in Vallicella, con motivo de la festividad del Santo, Juan Pablo II expresó: "No podía faltar mi visita a este lugar santo y amado por los romanos, para venerar a quien fue llamado el Apóstol de la Urbe, San Felipe Neri, copatrono de esta alma ciudad", *L'Osservatore Romano* 5.VIII.1979 p. 9. Igualmente en su mensaje para el IV Centenario de la muerte: "[...] A San Felipe Neri hay que reconocerlo también como el Apóstol de Roma, más aún, como el reformador de la ciudad eterna". *L'Osservatore Romano* 4.XI.1994 p. 23.

⁴ Bacci P.G., *Vita di San Filippo Neri fiorentino, fondatore della Congregazione dell'Oratorio*, Roma 1622.

⁵ Crispino Giuseppe, *La Scuola del gran maestro di spirito. Santo Filippo Neri*, Venezia Hertz, 1678.

⁶ Sonzonio Domenico, *Vita del Santo Patriarca Filippo Neri*, Venezia, G. Manfrè 1727.

⁷ Capecelatro Alfonso, *La Vita di S. Filippo Neri*, Ed. Lefebvre Roma 1901.

⁸ Cistellini Antonio, *San Filippo Neri. L'Oratorio e la Congregazione Oratoriana*. Prefazione del Card. Carlo M. Martini, 3 vols. Morcelliana, Brescia 1989.



San Felipe Neri, pintura de G. Reni.

ahonda en los orígenes y desarrollo del Oratorio en la doble vertiente de la historia y la espiritualidad, hasta aquellas biografías,⁹ que con carácter de divulgación aparecieron en torno a la celebración del IV centenario de la muerte del Santo.

Pero el atractivo que ejerce S. Felipe, trasciende los límites de su Oratorio y alcanza por los insospechados caminos de la gracia, a hombres de los más diversos estratos culturales y religiosos. Así se constata como durante los siglos XVIII y XIX, personalidades relevantes en el mundo de las letras y la filosofía como Goethe¹⁰ y Rosmini¹¹ respectivamente, pondrán sus ojos en el Santo florentino, aportando semblanzas bien diversas aunque complementarias del que los ha cautivado a través de su extraña figura, mezcla de humanista y “bufón de Dios”.

Es en este ámbito donde cabría ubicar el retrato que de nuestro Santo nos ha dejado el Cardenal John Henry Newman. También él experimentó la fascinación de su persona, como lo confiesa pocos años después de su conversión: “su carácter risueño y atractivo, había ganado mi devoción incluso cuando yo era todavía protestante”.¹²

Ahora bien, a diferencia de la mayoría de los autores que se ocuparon de S. Felipe, Newman no escribió en sentido propio una biografía. Fiel a su estilo había dicho en 1859: “Me interesan poco los libros que descuartizan a un santo en capítulos de fe, esperanza y caridad, porque no manifiestan a un ser vivo sino que lo dividen en un conjunto seco de lecciones espirituales.”¹³

El autor, cuyo carácter de pensamiento se distingue por el “esbozo” y el “ensayo”¹⁴, a través de los cuales expresa lo vital e inacabado de una idea o realidad histórica, se sirve de un

⁹ Türk P. *Filippo Neri, una gioia contagiosa*, Roma 1996; Delcroix Rita, *Filippo Neri el santo dell'alegría* Roma 1994; Marino F., *Farsi fanciullo coi fanciulli sapientemente*, Reggio Calabria 1995; Cittadini G., *Filippo Neri una voce per il nostro tempo*, Oratorio della Pace, Brescia 1996; Venturoli A. d.o., *L'Attività Apostolica di San Filippo Neri*, Città del Vaticano 1997.

¹⁰ Goethe J. W., *Felipe Neri, el Santo humorista en Viajes Italianos* (1816-1817), Obras III Madrid 1991 p. 1348.

¹¹ Rosmini A., *Lo Spirito di S. Filippo Neri*, Editrice La Scuola, Brescia 1996.

¹² *Mix* p. 33.

¹³ LD XIX, 1859.

¹⁴ Las obras históricas y doctrinales son concebidas por Newman en estos géneros, v gr. *Historical Sketches* y *Essay on The Development of Christian Doctrine*.

sinfín de pinceladas, dadas a lo largo de su obra, para dejarnos una imagen original y sugestiva del Santo.

En efecto, trazos de su presencia los recogemos, sobre todo en su período católico, de su obra poético-espiritual y homilética.¹⁵ No es casual, que sean las oraciones, poesías y en especial los sermones, en los que de modo único vibran la mente y el corazón de Newman, los “lugares” donde de manera más clara y entusiasta emerge la figura del Santo.

Newman recurre a fuentes precisas para narrar su vida. Cita con frecuencia la biografía de Bacci¹⁶ a Baronio¹⁷ y a Consolini; y recrea su figura gracias a un notable talento historiográfico, como capacidad de introspección psicológica en su personaje, por los que saca a la luz las vetas más características del alma de su biografiado.

La originalidad de su retrato no ha pasado desapercibido. Los estudiosos de S. Felipe han vuelto siempre sobre él.¹⁸ Puede decirse que en la pluma de Newman, S. Felipe se hace entrañablemente cercano y nos habla en la confianza del “corazón que habla al corazón”.

2. LA DIALÉCTICA DE LOS CONTRASTES

Hay temas que si bien fueron tratados por Newman en diversos escritos, poseen obras que los distinguen. Nadie dudará que la conciencia es el centro de su *Carta al Duque de Norfolk* y el *Ensayo sobre el Desarrollo de la Doctrina*, es todo él una justificación de la idea de desarrollo aplicada al dogma. Lo mismo puede decirse sucede con la figura de S. Felipe que encuentra en su obra oratoria todo un sermón consagrado a su persona. Es en la colección de los *Sermons preached on Various occasions* donde hallamos el sermón que bajo el título *La Misión de San Felipe Neri*,¹⁹ contiene el más expresivo retrato que nos ha dejado del Santo.

Como es costumbre, antes de presentar a su personaje, Newman reconstruye con exquisita capacidad descriptiva, el momento histórico en el que vivió. Las razones son múltiples. En primer lugar, pone al vivo la singularidad de aquella época llamada Renacimiento, en la que Iglesia se vio tentada a apostatar de su fe y a abandonar su misión:

“Su época fue tal como la Iglesia no la había visto nunca ni la vio después, tal que el

¹⁵ En varios escritos, de argumentos y tonos diferentes, Newman ha recordado el ejemplo de S. Felipe: *Idea* p. 233 ss; *Mix* pp. 33; 138 y 171; *Apo.* p. 271; *MD* pp. 187 ss; 216 ss.; 668-673; *HS* III p. 130; *AW* p. 578; *SVO* XII.

¹⁶ Newman utilizó la *Vita di S. Filippo Neri* de P.G. Bacci [1622] en la versión inglesa de F. W. Faber, London 1847. Así puede verse en *SVO* XII pp. 23; 29 y 31; *Idea* pp. 234-235.

¹⁷ Los *Annales ecclesiastici* del oratoriano César Baronio (1538-1607) son fruto de las conferencias que por deseo de Felipe Neri dio el historiador desde 1558 en el oratorio Romano. La obra en doce tomos fue completada en 1598. cf. H. Jedin, *Manual de Historia de la Iglesia* T. V, Barcelona 1972 p. 749 s. En su Sermón sobre *La Misión de S. Felipe Neri*, Newman lo cita y hace un elogio de su persona: “[...] En su culto exterior imitó, como observa el Cardenal Baronio, la forma establecida por S. Pablo en su primera carta a los Corintios. “Es por consejo divino” dice esa gloria del Oratorio hablando en sus *Anales* con el tono de un historiador, “que haya sido renovada en gran medida, en este tiempo en Roma, siguiendo el modelo de las asambleas apostólicas, la práctica edificante de pronunciar sermones sobre las cosas de Dios. Este ha sido el trabajo del Reverendo Padre Felipe Neri, un florentino, que como un hábil arquitecto, ha puesto el fundamento de la misma” cf. *SVO* XII p. 25.

¹⁸ A los autores ya mencionados como Türks y Venturoli, habría que agregar la bella biografía de Louis Bouyer, *La Musica di Dio. San Filippo Neri*, Milano 1979. En varios lugares el oratoriano francés menciona pasajes de la obra de Newman, que va enhebrando en su relato, y a través del cual nos descubre la profunda simpatía con la que el gran converso captó la naturaleza de S. Felipe y supo proponerla como modelo.

¹⁹ El sermón XII fue predicado por Newman en el oratorio de Birmingham con ocasión del primer aniversario de su apertura. Su texto dividido en dos partes se pronunció los días 15 y 18 de enero de 1850. cf. J.H. Newman, *Sermons Preached on Various Occasions*, Christian Classics, Westminster, Md. 1968 pp. 199-242. Aquí citaremos la traducción hecha por P. Fernando M. Cavaller, publicada en *Newmaniana* año V n° 15 (Julio 1995) pp. 12-31.

mundo deberá durar mucho tiempo para que ella la vuelva a ver; no sólo fue peculiar en sí misma, sino que significó una prueba singular y de lo más severa para la fe y el amor de sus hijos. Fueron tiempos de tamiz y riesgo, y de “caída y resurrección de muchos en Israel”. Nuestro bondadoso Señor, lo sabemos bien, nunca abandonará a la Iglesia, la sostendrá en todos los peligros, y durará mientras dure el mundo. Pero si hubo alguna vez un tiempo en el que parecía prepararse para abandonarla, no fue el tiempo de persecución, cuando miles y miles de sus elegidos fueron trinchados y su rebaño diezmado; no fue en la edad media, cuando la ferocidad del soldado y la sutileza del sofista la asediaron; fue en aquel triste tiempo, en el final y en la plenitud del cual San Felipe emprendió su obra. El Cardenal Baronio, gran autor y uno de sus hijos, ha dicho de la época oscura que fue un tiempo en que Nuestro Señor parecía estar dormido en la barca de Pedro. Pero existe otro pasaje del Evangelio, más admirable aún que la historia de aquel sueño, y que tuvo un cumplimiento más asombroso también, en aquel período del cual tengo que hablar.

“Hubo un tiempo en que Satanás tomó al Rey de los Santos, y lo llevó donde quiso, y nuestro Santísimo Salvador y Señor fue estrechado en los brazos de la ambición, la avaricia y la impureza. De la misma manera, Su Iglesia, que le sigue detrás Suyo, aunque plena de dones divinos, la Esposa Inmaculada, el

Oráculo de la Verdad, la Voz del Espíritu Santo, infalible en materia de Fe y costumbres, ya sea en la silla de su Pontífice Supremo o en la unidad de su Episcopado, sin embargo fue tan contaminada, tan implicada en el pecado y el desorden durante aquel tiempo, como para aparecer ante los ojos del mundo siendo lo que no era”.²⁰

Al insistir sobre las debilidades de la Iglesia, Newman no oculta la verdad histórica, por el contrario, muestra el contraste que ofrece una sociedad cristiana que se ha dejado “encandilar” por las formas de la cultura clásica,²¹ apartándose de Dios para rendir “culto” a través de las artes a su creatura:

“Nunca como entonces sus gobernantes estuvieron, algunos en mayor grado, otros menos, tan cerca de contemporizar con lo que nunca se debe contemporizar, nunca tan cerca de negar en privado lo que enseñaban en público y de no realizar en sus vidas lo que profesaban con sus bocas. Nunca estuvieron tan mezclados con la vanidad, tan tentados por el orgullo, tan obsesionados por la concupiscencia, nunca respiraron atmósfera tan viciada ni fueron besados por amigos traidores semejantes, ni sometidos a tales espectáculos vergonzosos, ni fueron revestidos de violencia y sangre, como en el siglo en que San Felipe vino al mundo”.²²

Con esta descripción que retomará a lo largo del sermón, Newman no pretende simple-

²⁰ SVO XII, l p. 13.

²¹ Newman tiene una valoración positiva de la cultura del renacimiento, sin embargo, no deja de señalar sus riesgos: “[...] Veréis que hasta aquí, hay poco que pueda ser censurado. El renacimiento de la enseñanza era en sí mismo un gran beneficio a la humanidad, y la labor que significó fue bien otorgada. Pero en este mundo el mal sigue al bien como su sombra y la humana naturaleza pervierte y corrompe lo que intrínsecamente es inocente o loable. Así pues, en este caso la búsqueda de la enseñanza antigua llegó a ser una pasión. [...] Hubo una sacudida del gigantesco intelecto del hombre, que descubrió tener poderes y recursos de los cuales no había sido consciente antes, y comenzó anticipadamente a idolatrar sus triunfos. [...] Todas las cosas son buenas en su lugar: el aprendizaje y las ciencias humanas, los trabajos de los genios, las maravillas de la naturaleza, todo como he dicho, tiene su uso, cuando permanece subordinado a la fe y al culto a Dios; pero no es más que un abuso si se le permite absorber la mente, y si la religión se les hace secundaria. Son tan fascinantes, tan encantadoras, tan presentes, tan tangibles, compulsivas en su influencia, que a menos que la Ciudad Santa esté en alerta, es casi siempre seguro que actuarán en perjuicio de los más grandes intereses del hombre. Así fue en el tiempo al que me refiero. Lo que era bello fue colocado antes de lo que era verdad, o mejor, la belleza de la creatura fue preferida a la trascendental belleza del Creador. Se toleró que la naturaleza y el arte, el rico material, la mente creativa, invadieran y oprimieran a la Iglesia en vez de servirla”. cf. SVO XII l p. 15-17.

²² SVO XII l p. 13.

mente narrar hechos del pasado, sino, a través de su evocación, establece una analogía histórica por la que esclarece y alerta a los tiempos presentes: *“¡Ay de nosotros, mis hermanos! Pues el escándalo de los hechos en Italia entonces, lo estamos dando a luz ahora en Inglaterra, nosotros.”*²³

Es innegable que sobre el horizonte histórico del Renacimiento y la mencionada decadencia de la Iglesia, ha contemplado los peligros que durante la época victoriana amenazaron también a la Iglesia en Inglaterra. Decía en 1879: *“Me alegra decir que desde el principio me he opuesto a un gran mal. Por espacio de 30, 40, 50 años, he resistido con mis mejores energías el espíritu del liberalismo en religión.”*²⁴

A partir de aquí, presenta el primer cuadro de este díptico, entorno al cual gira el sermón. Ligado a la ciudad de Florencia, aparece la figura de Savonarola, dominico de San Marcos, que predicó en la cuna del Renacimiento veinte años antes del nacimiento de San Felipe. Newman nos ha dejado un sugestivo retrato del fogoso reformador, de quien dice querer “mencionar su nombre dado el afecto que San Felipe tuvo a su memoria.”²⁵

“Hijo verdadero de Santo Domingo, en su energía, severidad de vida, desprecio al estudio meramente secular [...] sintió conmoverse su espíritu dentro de él, como otro Pablo, cuando llegó a aquel hermoso hogar de genio y filosofía, pues encontró Florencia como otra Atenas, ‘totalmente dada a la idolatría’. Gimió dentro de él, estuvo angustiado y rehusó conso-

*lación, cuando contempló una corte y un pueblo cristiano enorgulleciéndose de su grandeza material, sus dones intelectuales y su refinamiento social; mientras se abandonaba al lujo, la fiesta, la canción y la jarana, magníficos espectáculos y espléndidos vestidos, poesía impura, arte sensual y depravado, especulaciones paganas y prohibidas prácticas supersticiosas. Su espíritu vehemente no pudo ser contenido y tomó lo mejor de él. De modo diferente al del Apóstol, cuya prudencia, amabilidad, bondad y méritos humanos, en ninguna parte se muestran más felizmente que en su discurso a los atenienses.”*²⁶ Savonarola ardió en un torbellino de indignación e impropiedades contra todo lo que encontró en Florencia, y condenó el sistema establecido completo y a todos los que tomaban parte de él, encumbrados o no, príncipes o prelados, eclesiásticos o laicos, con un rigor sin piedad. Con lo cual, por el momento, hizo ciertamente muchísimo más que lo que San Pablo pudo hacer en el Areópago, pues allí convirtió uno o dos y luego partió, mientras que Savonarola obtuvo inmediatamente un gran éxito, atemorizó y desconcertó a los ofensores, reunió en torno suyo a los mejores dispuestos y favoreció y desarrolló todo lo que había de devoción tanto en la multitud como en la clase alta.

*Lo que constituía el secreto de su éxito era la verdad de su causa, la seriedad de sus convicciones, la resolución de sus propósitos, la imparcialidad de sus censuras, la intrepidez de sus amenazas.”*²⁷

Savonarola es visto por Newman bajo la óptica del celoso predicador evangélico.

²³ Ibidem. En el prólogo del sermón y antes de entrar en tema, subraya esta clave de lectura: *“Permitidnos pues inquirir cómo eran los tiempos de San Felipe, y que lugar ocupó en ellos, cómo fue elevado a hacer lo que hizo, cómo lo hizo, y cómo nosotros Padres míos del Oratorio, debemos hacer de su trabajo y de su modo de realizarlo, un modelo para nosotros hoy”*. cf. SVO XII I p. 13.

²⁴ cf. Biglietto Speech, al serle conferido el Cardenalato por León XIII en 1879.

²⁵ SVO XII I p. 18.

²⁶ Las virtudes apostólicas de S. Pablo fueron largamente desarrolladas por Newman en los Sermones: *St. Paul's characteristic gift y St. Paul's gift of sympathy* ambos de la colección *Sermons preached on Various occasions*.

²⁷ SVO XII I p. 18.

intransigente con la cultura y los pecados de su época. Movidó por un fuego devorador no ahorra palabras de denuncia hacia la Iglesia que ve entregada inescrupulosamente al espíritu del mundo:

“Nuestra Iglesia, tiene muchas elegantes ceremonias en el culto divino, finas vestimentas, un despliegue poco común de colgaduras y ropajes, candelabros de oro y plata, tantos finos cálices, realmente magníficos. Esos grandes prelados con sus elegantes mitras de oro y plata. Tan finísimas casullas y capas de brocato, están allí en el altar cantando hermosas vísperas, refinadas misas, tan solemnemente, con tan magníficas ceremonias, tantos órganos y cantantes, que vuestra cabeza da vueltas. Y os parece que estos hombres tienen mucha gravedad y apariencia de santidad, pensáis que no pueden hacer el mal, sino que sus palabras y acciones son el Evangelio, y claman vuestra observancia. Así es como está hecha la moderna Iglesia. Los hombres se alimentan de esta cáscara, se hacen felices en estas ceremonias, y dicen que la Iglesia de Jesucristo nunca estuvo en un estado más floreciente y que el culto divino nunca se realizó como al presente. [...] “¡Oh Italia”, lloraba con el tono de un profeta! ¡Oh gobernantes de Italia! ¡Oh prelados de la Iglesia! La ira de Dios esta sobre vosotros y solamente vuestra conversión la apartará. Haced penitencia mientras la espada está en la vaina, antes de que se embeba en vuestra sangre. ¡Oh Italia! Serás entregada en manos de una feroz y bárbara nación, cuyo único placer será hacerte mal. Y Roma, lo pasarás peor que cualquier otra ciudad, vuestras posesiones y tesoros serán puestos en sus manos.”²⁸

Semejante predicación y actitud frente a una época marcada por la vanidad y la ostentación, parecen hacer de Savonarola el instrumento querido por Dios para golpear las conciencias adormecidas, empujándolas a una auténtica y testimonial conversión.

Pero es aquí donde Newman introduce uno de sus clásicos contrastes que distinguen su mente, y que algunos han querido denominar “intelecto imperial”.²⁹ Él reconoce que en la revelación cristiana, tanto en el plano dogmático como en la vida espiritual, se da cierta coincidencia o unión de opuestos.³⁰

Hay que reconocer que la amplitud y misteriosa inagotabilidad de su enseñanza, provienen por lo menos en parte, de su habilidad para sostener firmemente verdades aparentemente opuestas.³¹ Es normal que en igualdad de circunstancias una mente más débil enfrente estas verdades una contra otra, y declare que una de ellas es un error. Newman, por el contrario, se distingue por la comprensividad de su pensamiento, es decir, por encontrarle lugar a cada una de las verdades aparentemente opuestas, aún cuando no pueda explicar cómo ellas concuerdan.

En el sermón aludido, después de haber exaltado la figura de Savonarola, agrega “*Tan audaz lenguaje ocasionó por el momento más una revolución que una reforma. El elocuente predicador llegó a ser un político partidista. La gran familia fue forzada por circunstancias políticas a irse, y por la mejor parte de diez años, Savonarola fue gobernante de Flo-*

²⁸ SVO XII p. 19.

²⁹ cf. Crosby John F., *Newman come “Intelletto Imperiale”*. La Comprensività della sua mente e del suo cuore, en J.H. Newman L'Idea di Ragione Milano 1992 pp. 131-144.

³⁰ A diferencia de R. Guardini en su estudio *El Contraste. Ensayo de una filosofía de lo viviente* – concreto, Madrid 1996, Newman no posee una teoría de los opuestos. Sin embargo, lo que nos interesa aquí es su práctica, es decir su modo de mantener en su enseñanza una fecunda tensión entre verdades aparentemente opuestas, como así también entre instancias aparentemente opuestas de su personalidad.

³¹ Dev. p. 110.

rencia. No sólo la plebe, sino cortesanos, nobles damas, estudiantes, artistas, todos se pusieron a su disposición y se hicieron sus discípulos. Él encontró un camino hacia el corazón de filósofos, poetas, pintores, grabadores, escultores, arquitectos, y los hizo renunciar a sus gustos paganos y a sus paganas aspiraciones.”³²

Newman concluye este cuadro, llamando la atención sobre el desventurado fin del dominico, y señalando las causas del mismo. Muestra como la santidad de la vida cristiana exige de la unión de virtudes opuestas; tema este en el que ha insistido frecuentemente en su obra, indicando que es relativamente fácil alcanzar excelencias aisladas, esto es, que no existen en relaciones de tensión con otras complementarias.

“Concederéis, mis hermanos, que fue un hombre maravilloso este Savonarola. No diré nada más de él excepto lo que fue el resultado de sus reformas. Por años, como he dicho, siguió su propio camino. Al final, su inocencia, sinceridad y celo fueron la ruina de su humildad. Presumió. Se exaltó a sí mismo contra un poder que nadie puede acometer sin desventura. Se colocó en oposición a la Santa Sede, y como algunos dicen, desobedeció sus mandatos. No se hace una reforma desobedeciendo. Este no es el camino para un Apóstol, ni de Florencia, ni de Roma. Luego, los problemas cayeron sobre él, siguió una gran reacción, sus enemigos ganaron la mano, él comenzó a hacer extravagancias, la gente lo abandonó, fue condenado a muerte, estrangulado, colgado en la horca y luego quemado en la misma plaza donde había prendido fuego al costoso mobiliario de la vanidad y del pecado. Y luego la rica y

*poderosa familia retornó a Florencia, y las cosas continuaron más o menos como antes”.*³³

Así se descubre, la razón por las que se necesitan virtudes opuestas, y es que ellas se protegen mutuamente de las distorsiones y exageraciones, hacia las que tiende cada una por sí, en cuanto se aísla de las demás. De este modo Newman explica como el celo y la sinceridad de una causa justa, pero sin el auxilio de la humildad y la obediencia, degeneran en rigorismo y fanatismo.³⁴

En este primer retrato, Newman intenta mostrar “un modo” posible de entender y vivir la fe cristiana, destacando un elenco de cualidades por las que su personaje encontró rápidamente reconocimiento y aplauso. Sin embargo, no deja de señalar con agudeza, los riesgos reales de tal actitud, cuando se confunde la obra de Dios con una causa personal, se hace alarde de virtudes, y presumiendo de la propia inteligencia en un ejercicio indiscreto del ministerio, se pretende una reforma en tiempos y modos que no son los de Dios: *“Fue un hombre celoso y heroico, pero, tanto como podemos juzgar, no alcanzó el nivel de un santo. No es por el entusiasmo de la multitud o por la violencia política, no es por la declamación poderosa o despotricando contra sus autoridades, que se ponen los fundamentos de las obras religiosas. No es por repentina popularidad, o por fuertes resoluciones y demostraciones, o por incidentes románticos, o por éxitos inmediatos, como comienzan las empresas que han de perdurar.”*³⁵

El orgullo de la inteligencia fue una de las grandes tentaciones en tiempos del

³² SVO. XII pp. 19-20.

³³ SVO. XII pp. 20-21.

³⁴ Newman aborda el tema con original agudeza en el sermón XIV de los *University Sermons*: “La sabiduría contrapuesta a la Fe y al fanatismo”.

³⁵ SVO XII II p. 21.

Renacimiento. San Felipe la veía pavorosamente exuberante y rebelde en aquel siglo, inquietando y confundiendo a los mejores hijos de la Iglesia. De allí, que insistiera especialmente en la humildad de la razón y en la penitencia interior. Fiel a su estilo llevando la mano a la frente, solía afirmar: “¡La santidad cabe en tres dedos”!, queriendo significar que depende esencialmente de la humildad de la inteligencia.

3. UN ESTILO ORIGINAL: CUANDO LO IMPREVISTO ERA LA REGLA

*“Después de la tormenta, el terremoto y el fuego, vino la calma, el susurro de la brisa suave. Después de Savonarola. Felipe”.*³⁶ De este modo Newman presenta al personaje central de su sermón: Felipe Neri, de quien apunta precisos y abundantes datos biográficos. Luego de señalar su formación religiosa con los padres dominicos del Convento S. Marcos, y recordar el singular afecto que tuvo por Savonarola, traza sintéticamente el derrotero de su vida: “a la edad de dieciocho años, dejó Florencia para siempre yendo primero a una ciudad en el reino de Nápoles, y luego al cabo de dos años a Roma, donde vivió por sesenta años, sin salir ni una vez más allá del circuito de la siete Basílicas. Allí murió cuando estaba cerca de completar sus ochenta años”³⁷

Cuando Newman concluye su Idea de Universidad en 1852, nacida de su experiencia en Dublín, afirma que todo lo que ha delineado en cuando a los objetivos educativos de la Universidad, lo ha extraído de la lección que ha obtenido de su padre y patrón S. Felipe Neri.³⁸

Por cierto que Felipe Neri no ha sido un intelectual como lo fue Newman. Sin embargo, la aparente anomalía desaparece, si se tiene presente que Newman, inspirándose en Felipe Neri, no se refiere tanto a los “contenidos” de su apostolado, cuanto a la “forma”, al espíritu y al corazón del mismo.

Bien puede afirmarse que el corazón de la espiritualidad de S. Felipe, es la libertad. Una libertad que ha conocido el desborde dulcísimo del amor de Dios y que con genialidad inventiva se expresa, sin constricciones y esquemas, en las obras del amor.

Como se sabe San Felipe se opuso siempre decididamente a la idea de una nueva orden religiosa; no quería votos, ni vínculos jurídicos, sino simplemente sacerdotes seculares y laicos, unidos a la congregación por una simple promesa:

“Los votos no eran un elemento necesario para su estado. Tenían que ver poco y nada con asuntos eclesiásticos y política secular. No tenían un gran plan de acción para fines religiosos. Dejaban que cada día hiciera su trabajo como se presentaba [...] Eran simples en sus formas de culto y admitían libremente laicos en su compañía.

En peculiaridades como estas reconocemos al Oratorio de San Felipe. Pero no mantuvo el menor pensamiento de sobrevivir en sus obras más allá del momento. Fue llevado apenas a agrupar sus discípulos en forma de comunidad y perpetuar esa forma por medio del reconocimiento. Luego, no iría a presidir sobre ellos, y cuando fue obligado a hacerlo, no dejó que le llamaran Padre Superior. No quería escuchar sobre sus fundaciones en otras ciu-

³⁶ Ibidem p. 22.

³⁷ Ibidem p. 22.

³⁸ cf. Idea p. 233.

*dades y mucho menos aceptó dignidades ni toleró que sus discípulos lo hicieran. No permitió que ninguna forma ni observancia fueran las características de su Congregación además del mutuo amor y el trabajo duro.*³⁹

Vemos como Felipe reúne entorno así un grupo de elegidos y cuida de ellos de modo particular, pero no para encerrarlos en sí mismos, para un narcisismo de grupo, sino antes bien para formarlos en vistas a una misión *ad extra*, atentos y abiertos hacia los otros. El oratorio nace pues, no como un grupo elitista de privilegiados de la gracia, sino como un grupo –podría decirse– sin límites precisos, dispuestos al encuentro con todos.

En una clara alusión autobiográfica, Newman dice del estilo apostólico de Felipe Neri: “*Es necesario vivir en Roma para entender lo que fue realmente su influencia: Nada era demasiado alto o demasiado bajo para él.*”⁴⁰

Fue justamente esta “humanidad”, la que impresionó profundamente a Goethe en ocasión de su viaje a Italia. Aquello que el poeta alemán refiere en la crónica del mismo, demuestra claramente que lo que ha descubierto, no es la raíz de los fenómenos sobrenaturales que rodeaban al santo, sino antes bien el atractivo exterior de Felipe.⁴¹

La humanidad de Felipe se evidencia sobretodo en su sentido práctico. Como veremos

es ésta cualidad lo que ha caracterizado su apostolado en Roma. Felipe es exactamente lo contrario a un teórico. No organiza nada, improvisa. Confiando como vive en la acción de Dios sobre él, responde siempre en cada momento, a una inspiración, a una idea o a una situación concreta. Es quizás por esto, que la mayor parte de sus empresas tienen buen éxito.

En los ejercicios del Oratorio, Felipe se niega a que se discutan problemas teóricos, prefiere por el contrario tratar de cosas concretas, como la historia de la Iglesia y la vida de los Santos, valiéndose siempre de ejemplos sacados de la vida.

Del realismo y de la experiencia práctica, nacen muchas de sus máximas. Decía “*no se debe querer hacer todo en un día, y no se hacen Santos en cuatro días, sino paso a paso.*”⁴² O también, “*Es más fácil llevar por el camino del espíritu las personas alegres, mucho más que las tristes.*”⁴³ O aquella, “*Si quieres ser obedecido, da pocas órdenes.*”⁴⁴ En la ingeniosidad de estos y otros muchos dichos, se puede apreciar el conocimiento agudo y realista que Felipe Neri había ido adquiriendo de la naturaleza humana, y de la dinámica de la gracia. En esas enseñanzas rápidas y concisas traducía la experiencia de su larga vida y la sabiduría de un corazón, en el que moraba el Espíritu Santo. Para la espiritualidad cristiana, estos aforismos se han convertido en una especie de patrimonio sapiencial.

³⁹ SVO XII II p. 25.

⁴⁰ SVO XII II p. 30.

⁴¹ “*Pero nosotros iremos más allá y diremos que él fuera de suyo un hombre sumamente distinguido, pero que procuraba dominar los instintos imperativos, inherentes a todos los individuos de esa índole, encubriendo el lustre de su existencia socapa de renunciación, privación, caridad, humildad y desprecio. La idea de parecer loco a los ojos del mundo, para poder abismarse así enteramente en Dios y en las divinas cosas, fue su constante anhelo, y a su fin decidió educarse él y educar luego a sus discípulos.*” cf. Goethe, Obras III p. 1351. Von Balhasar ha afirmado en tal sentido que “a lo que Goethe tendía con lo mejor de sí era a una “religiosidad mundial”, y sus amables esbozos sobre San Felipe Neri indican cómo se imagina él esta religiosidad en un cristiano. El núcleo de todo es que hubo en Roma un individuo en la época de Lutero que intentó “unir la espiritualidad, más aún, la santidad, con la realidad mundana, introducir el cielo en el saeculum y de este modo preparar también el una reforma”. cf. Gloria 5 *Metafísica Edad Moderna*, Madrid 1988 p. 376.

⁴² San Filippo Neri, MR. 14 p. 152.

⁴³ San Filippo Neri, MR. 35 p. 155.

⁴⁴ San Filippo Neri, MR. 35 p. 153.

El "realismo espiritual" se observa también en su comportamiento habitual, en una época tan inclinada a fenómenos místicos. Es comúnmente admitido por los biógrafos, que muchas de las curaciones obradas por San Felipe, se basaron más en su sentido común que en remedios prodigiosos. Advertía rápidamente si un enfermo estaba mal alimentado, o si a otro le faltaba un poco de aire fresco; y sabía bien, de cuanta ayuda era una palabra de aliento, un poco de optimismo en la aflicción, como una mirada serena frente al futuro incierto.

4. UN SANTO PARA UN MUNDO SECULARIZADO

Los Santos son siempre actuales, no pasan de moda; su vigencia se halla en que habiendo alcanzado el estado del hombre perfecto por la vida de la gracia, viven ahora en la Iglesia, en la novedad del Espíritu. En ella interceden por los hombres ante Dios, y son en el mundo la única apología verdadera del cristianismo.

Hay Santos cuyas figuras están más ligadas a su tiempo; el momento histórico que les tocó vivir y la misión peculiar cumplida en la Iglesia, los identifica con su época. En otros, la Providencia ha querido poner el candelabro en lugar más alto, para que la Iglesia en su marcha secular, pudiera beneficiarse de su testimonial luminosidad. Estos Santos que podríamos calificar de "clásicos" son representativos para todas las edades del cristianismo; interlocutores en toda época y cultura, son modelos siempre atrayentes para el hombre peregrino del absoluto.

San Felipe Neri es de estos últimos, sobretodo para un mundo como el actual, que

marcado por el secularismo en el olvido de Dios, no deja de alimentar en los hombres, la autosuficiencia, el absolutismo del poder, del dinero, del placer y la razón. Esta prescindencia de Dios, al despojar al hombre de su referente último, hace que los valores pierdan su carácter de tales, convirtiéndose en ídolos que terminan degradando al hombre individual y socialmente.

Este desafío de una sociedad secularizada plantea en la Iglesia el no menor tema de los "estilos de santidad" apropiados para tal época. ¿Cómo hacer atrayente a Cristo y su mensaje de salvación, a un hombre que imantado por las cosas creadas, se ha olvidado del Creador?

La Constitución *Lumen Gentium* recuerda: "El carácter secular es propio y peculiar de los laicos [...] A ellos corresponde, por propia vocación, tratar de obtener el reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios [...] Viven en el siglo, es decir, en todos y cada uno de los deberes y ocupaciones del mundo [...] allí están llamados por Dios para que, desempeñando su propia profesión guiados por el Espíritu evangélico, contribuyan a la santificación del mundo como desde dentro, a modo de fermento."⁴⁵

Aquello que el Concilio pide, es que los laicos lleven el mundo al corazón de la Iglesia y la Iglesia al corazón del mundo. Es por eso que a partir del Concilio, la santidad en los diversos estados —también en el sacerdocio y la vida consagrada— ya no se concibe en términos de huida (fuga mundi), sino de "consagración" (mundo Deo consecrant).⁴⁶

El carácter secular propio como es de los laicos, afecta de algún modo a todos los estados, al punto que las realidades temporales, los "nuevos areópagos", ya no deben entenderse

⁴⁵ LG n° 31.

⁴⁶ LG n° 34. Sobre esta distinción en el texto conciliar puede verse: G Thils, *El llamado universal a la santidad en la Iglesia*, en Revista Internacional Communio, Año VII n° 25 - 1991 pp. 5 - 11.

como un obstáculo, ni se hallan al margen de la perfección cristiana, sino que se constituye en el “lugar” de la misión, y por ende de la santificación de la Iglesia.

Los “dichos” de San Felipe Neri, narran la respuesta del Santo a la pregunta de una eminente señora, esposa del embajador Español: *¿Cuánto tiempo hace –le había preguntado– que ha dejado el mundo?* Y Felipe responde: *¡“No sabía que lo había dejado”!*⁴⁷

Newman, al final de su *Idea de Universidad*, esboza magistralmente el “estilo” de santidad encarnado por Felipe Neri, confrontándolo con otras tantas figuras que le fueron contemporáneas:

“San Felipe Neri fue en efecto suscitado por Dios para llevar a cabo una labor específica en la Iglesia. No sería un Jerónimo Savonarola, aunque tenía una genuina devoción hacia él y un cálido recuerdo de su casa florentina; ni tampoco sería un San Carlos Borromeo, en cuyo rostro supo reconocer a un santo; ni un San Ignacio de Loyola, gran combatiente contra el enemigo, aunque Felipe pudo ser llamado campana de llamadas a la Compañía, por la gran cantidad de hombres que envió a ella. Tampoco sería un San Francisco Javier, si bien Felipe había deseado derramar su sangre por Cristo en la India junto con él; ni un San Cayetano, cazador de almas, pues Felipe quería, según sus propias palabras, arrojar pacíficamente su red para ganarlas. Nues-

*tro santo optó por acomodarse a la corriente, y dirigir lo que no podía detener en el campo de la ciencia, la literatura, y el arte, para vivificar y santificar lo que Dios había creado bueno y el hombre había echado a perder.”*⁴⁸

Esta misión ha dado origen al Oratorio, obra que lleva impreso el genio de San Felipe.

Un primer rasgo llamativo es que el Oratorio nace secular. Nace en efecto, del encuentro en San Felipe, entre un alma excepcionalmente interior y una mente excepcionalmente abierta. Su apostolado, esta hecho de un creativo espíritu de adaptación. Por el lleva sin artificios a la sociedad sumergida en los vicios de su época, a alimentarse de las grandes fuentes de la Palabra Divina, la liturgia y la Antigüedad Cristiana.⁴⁹

Newman destaca de manera llamativa el carácter secular de la misión de S. Felipe: *“Les enseñó a pobres mujeres mendigas a hacer oración mental, llevaba los chicos a jugar, protegió huérfanos y actuó como maestro de novicios con los hijos de Santo Domingo. Fue maestro y director de artesanos, mecánicos, cajeros de banco, mercaderes, orfebres del oro, artistas y hombres de ciencia. Fue consultado por monjes, canónigos, abogados, médicos, cortesanos, damas de la más grande alcurnia, convictos yendo a la ejecución, que a su turno atraieron su solicitud y oraciones. Cardenales rondaban por su habitación, y Papas pidieron su milagrosa ayuda a la hora de la muerte. Fue*

⁴⁷ cf. Venturoli A. d. o., *L'Attività Apostolica de San Filippo Neri*, Città del Vaticano, Roma 1997 p. 89.

⁴⁸ *Idea* p. 234.

⁴⁹ En su sermón sobre la misión de San Felipe Neri, Newman refiere el método ideado por el santo: *“este ha sido el trabajo del reverendo Padre Felipe Neri, un florentino, que como hábil arquitecto, ha puesto el fundamento de la misma. Ha sido organizado de modo que, casi todos los días, aquellos que desean la perfección cristiana, vengán al Oratorio. Primero hay algo de tiempo dedicado a la oración mental luego uno de los hermanos lee un libro espiritual, y durante la lectura el susodicho Padre comenta lo que fue leído. A veces decide que alguno de los hermanos dé su opinión sobre algún punto, y luego el discurso prosigue en la forma de diálogo. Después, le pide a uno subirse a una silla y allí en estilo llano y familiar, que hable sobre la vida de los Santos. A ese le sucede otro, sobre alguna materia diferente, pero igualmente sencillo. Finalmente, hay un tercer discurso sobre historia de la Iglesia. Cuando todo ha terminado, cantan algún himno espiritual, rezan nuevamente por breve tiempo, y así acaban.”* cf. SVO XII II p. 25.

su misión salvar a los hombres, no del mundo sino en él."⁵⁰

Del Oratorio, como se ve, todos toman parte, y desde allí, el testimonio de fe fluye al exterior, hacia todos los ambientes. Esta sana laicidad de Felipe, como profética valoración del laicado, que de modo significativo adelanta lo expresado por el Concilio Vaticano II, permanecerá una dimensión constante en la historia del Oratorio.⁵¹

5. SAN FELIPE Y LO CONTAGIOSO DE SU SANTIDAD

Pasemos ahora a considerar algunos rasgos que caracterizan el estilo de santidad de Felipe Neri. Ajeno a toda estridencia o a manifestaciones de virtud que pudieran distinguirlo, San Felipe es alguien en quien la humildad cristiana se ha enseñoreado. El magnetismo que ejerce su figura no sólo en su tiempo, sino a lo largo de los siglos, se explica en gran medida por esta virtud. Newman lo describe de manera gráfica en su sermón:

"¡Que tocantes y tan genuinos son estos rasgos de nuestro dulce y querido Padre, y que impresionante lección para nosotros, y que notable contraste con el espíritu del vehemente fraile de San Marcos! Esos rasgos los mostró desde que era un muchacho. Una de las primeras cosas que se nos cuenta de él de su niñez es que "nunca hablaba ligeramente, como

hacen los chicos, de llegar a ser sacerdote o religioso; escondía el deseo de su corazón y desde niño rehusó la demostración, por la que siempre tuvo un especial aborrecimiento." Cosas que otros santos han permitido en sí mismos, y hasta sentido que era un deber, él no las soportaba. No pedía ser contradicho, o ser maldecido o ser perseguido, sino simplemente ser ignorado, ser desdeñado. Abandono, era la divisa que deseaba para sí mismo y para los suyos. "Despreciar el mundo entero", decía "no despreciar ninguno de sus miembros," "despreciarse a sí mismo", "despreciar ser despreciado". Tenía gran placer en no ser valorado y hecho pequeño de acuerdo al sentimiento del Apóstol: "si alguno de entre vosotros parece ser sabio, dejadle hacerse necio, para que pueda ser sabio"."⁵²

Newman destaca de modo especial la humildad de su Santo, al hablar de aquel hecho extraordinario que fue definido por sus biógrafos como el "Pentecostés de Felipe".

Felipe amaba la soledad de las Catacumbas. Por aquellos tiempos sólo eran conocidas las de San Sebastián en la Vía Appia. Aquél año de 1544, estando en aquél lugar, aconteció como una irrupción de lo divino en su vida, "cuando el Espíritu Santo bajó sobre él en una bola de fuego, y llenó su corazón de consolaciones tan sobrecogedoras, que para que no muriera del éxtasis, entró en el mundo de los hombres."⁵³ Pero el orante de las Catacumbas y cultor de los mártires, estaba tan compenetrado de humildad y pudor, que nunca reveló los detalles de aquella maravillosa visitación del

⁵⁰ SVO XII II pp. 27-28.

⁵¹ Paul Türks en el capítulo *Lo sviluppo dell'Oratorio*, muestra la incidencia que Felipe Neri ha tenido en el curso de la historia. De modo especial sobresale S. Francisco de Sales quien fundó un Oratorio en Thonon (Savoia), tomando como regla la de la casa romana y protector a Baronio, discípulo de San Felipe. Muchas de las intuiciones de Francisco de Sales sobre la santidad en la vida seglar, tienen su origen en el conocimiento y la práctica del Oratorio. (cf. *Filippo Neri, Una gioia contagiosa*. Roma 1991 pp. 206-207).

⁵² SVO XII II pp. 27-28.

⁵³ SVO XII II p. 24 Newman recuerda también el episodio con algunas variantes en una meditación sobre San Felipe: "Una vez, en que había transcurrido la noche en oración en las catacumbas, aconteció aquel gran milagro con el cual el Espíritu Santo reveló su divina presencia, descendiendo de lo alto bajo la forma de un globo de fuego, y yendo a posarse en su corazón, desde aquel tiempo Felipe estaba sujeto a frecuentes y sobrenaturales palpitaciones del corazón" (cf. MD p. 194). El milagro es señalado también en una invocación de las letanias, simples pero sugestivas en honor del Santo: "Tu que recibiste el Espíritu Santo en tu corazón". (cf. MD. p. 213).

Espíritu Santo con la fractura de sus costillas. El Padre Consolini conocedor de los hechos –refiere Newman– solía recordar las palabras del Santo: *secretum meum* (*Mi secreto es mío*).

En la novena a San Felipe Neri cuya sustancia está tomada de la biografía de Bacci, Newman nos ofrece cada día un retrato distinto del Santo contemplado desde los diversos ángulos de sus virtudes. La meditación correspondiente al 17 de mayo con la que se inicia el novenario, está dedicada a la humildad:

“Cuando Felipe se enteraba que alguien había cometido un gran delito rápidamente exclamaba: Gracias a Dios que yo no he cometido algo peor.

Cuando se confesaba, derramaba ardientes y abundantes lágrimas y decía: yo no he hecho jamás una buena acción.

Cuando algún penitente suyo manifestaba no entender el modo rudo con que Felipe era tratado por alguna persona que le debía un favor, él rápidamente respondía: “Si fuera humilde, Dios no me lo mandaría”.

Si alguno de sus hijos espirituales le decía: “Padre, yo desearía, por devoción tener algún objeto que te pertenece, por que sé que eres Santo”, él se daba vuelta con rostro airado y exclamaba: ¡vaya, vaya! Yo soy un demonio, no un santo.

A otro le decía: “Padre, yo estoy tentado a creer que tú no eres aquello que el mundo cree” él respondía: “Esto es cierto, también yo soy un hombre como los otros, y nada más.”

Si sentía decir, que alguno tenía un buen concepto de él, exclamaba rápidamente:

“¡Oh pobrecito de mí! ¡Cuántos pobres niños en el paraíso serán más grandes que yo!”.

Huía de todo signo de estima: no toleraba ser objeto de reconocimientos. Cuando el pueblo buscaba tocar sus vestidos, y se arrodillaba en el lugar donde paraba, solía decir: “¡rápido, rápido, déjenme libre el paso!”.

Como San Juan evangelista, en la vejez, acostumbraba decir: hijitos míos, amaos mutuamente, así San Felipe, amaba repetir su lección favorita: sean humildes, estímense en poco.

Decía, que si nosotros hiciéramos una obra buena, y otra persona se apropiase de ella, deberíamos alegrarnos y dar gracias a Dios.”⁵⁴

En una naturaleza como la de Newman, dotada de capacidades y talentos poco comunes, no debe extrañar que la humildad sea la virtud que más haya ejercitado a lo largo de su vida. La descubrió y admiró en sus años de Oxford en John Keble, cuya ternura y serenidad de trato con los demás, tanto le recordaban a Felipe Neri.⁵⁵

Dos entradas en su Diario que nos traen a la distancia momentos de su vida en su juventud anglicana, como en su madurez católica, pueden iluminar sobre la clara conciencia que poseía sobre la necesidad de esta virtud y el combate librado para obtenerla:

21.II.1823, martes [...] Hay dos grandes faltas que lo estropean todo: mal carácter y engreimiento. Tengo una vanidad exagerada y que no deja de crecer. Al comienzo de este trimestre tuve que hacer un pequeño discurso en el hall y el Provost me alabó diciendo que había estado inspirado. Pues bien, he esta-

⁵⁴ J.H.Newman, *Prayer, Verses and Devotions*, Ignatius Press San Francisco 2000 pp. 187-188 (en adelante para las *Meditations and Devotions*, citaremos MD).

⁵⁵ cf. LD. XII p. 25 y Ap. p. 42.

do dándole vueltas y repitiéndome una y otra vez por dentro mi discurso. Allá donde voy, creo que la gente me mira y está pensando en mí. Además, que soy un embustero; miento rastreramente, por soberbia, para no tener que reconocer que me he equivocado en algo.⁵⁶

8.1.1960 [...] Sí, lo he dicho antes, en esas palabras de hace treinta años: No me des riquezas, etc. Ha sido la oración mía de toda la vida y tú la has escuchado; que me quede al margen en este mundo. Permíteme repetirla de nuevo ahora: Señor bendice lo que escribo y haz que sirva para algo, que haga bien, que tenga mucho éxito; pero que a mí no me lleguen los aplausos mientras viva. Déjame seguir viviendo y morir, como he vivido hasta ahora. Mucho antes de conocer a San Felipe ya quería yo "nescire" (ser desconocido). Por tu gracia que yo aprenda más y más a "sperni" (ser despreciado), y a "spernere sperni" ⁵⁷ (despreciar ser despreciado).

Como síntesis de lo dicho, es esta bella oración a S. Felipe pidiendo la virtud de la humildad. Fue compuesta por Newman en mayo de 1875, pero solo conocida después de su muerte, cuando en 1893 el P. William Neville del Oratorio, que fue secretario y ejecutor testamentario de Newman, recogió las reflexiones y oraciones escritas en pequeñas hojas y las publicó bajo el título *Meditaciones y Devotiones*:

"San Felipe, glorioso patrón mío, que no ambicionaste jamás la alabanza y menos aún la estima de los hombres; alcánzame con tus oraciones esta bella virtud, de mi señor y Salvador. Tanto más cuanto orgullosos son mis pensamientos, despreciativas mis palabras y ambiciosas mis obras. Concédeme aquel bajo concepto de sí mismo, del cual tú fuiste dotado;

dame un conocimiento tal de mi nada, que yo pueda alegrarme cuando sea despreciado y no desee ser grande, sino solamente a los ojos de mi Dios y juez."⁵⁸

Otra virtud que brilla en la vida de S. Felipe es la paciencia, y que Newman reconoce ligada al apostolado del sacramento de la reconciliación: "Estuvo quince años en Roma antes de ser ordenado, y finalmente, al recibir las facultades para oír confesiones, comenzó a la edad de treinta y cinco años su real misión, aquél largo desempeño ministerial que llevó durante cuarenta y cinco años hasta casi la hora de su muerte, y que le ha ganado el título de Apóstol de Roma. [...] Fue retenido en el hogar, en el verdadero corazón de la cristiandad, no para evangelizar sino para recuperar; y su instrumento de conversión no fue el bautismo sino la penitencia. El confesionario fue la silla y el sello de su peculiar apostolado. Así como S. Francisco Javier bautizó decenas de miles, Felipe estuvo cada día y casi cada hora, guiando penitentes a lo largo de la senda angosta de la salvación.

Se nos dice en su vida, que "abandonó todo otro cuidado y se dio a escuchar confesiones". No contento con el día dedicó una considerable parte de la noche también. Antes de anocheecer ya había generalmente confesado un buen número de personas. Cuando se retiraba a su cuarto, aún allí confesaba a todos los que llegaban, e interrumpía las oraciones o las comidas para atender el llamado. Cuando la Iglesia abría al amanecer, bajaba al confesionario y permanecía allí hasta el mediodía, cuando rezaba la Misa. Cuando no llegaban penitentes permanecía cerca de su confesionario. Nunca interrumpía las confesiones por alguna enfermedad. "El día de su muerte comenzó a oír confesiones muy temprano en la

⁵⁶ J.H Newman, *Cartas y Diarios* p. 32.

⁵⁷ *Ibidem* p. 144.

⁵⁸ *MD* p. 189.

mañana", después de la Misa "fue otra vez al confesionario" y escuchó confesiones a la tarde y "durante el resto del día hasta la hora de la cena". Después de cenar "escuchó en confesión a los Padres que iban a decir su primera Misa a la mañana siguiente", hora en que ya no habría de estar sobre la tierra.

*Fue este perseverante y extraordinario servicio, ejercitado y vivido como un deber por espacio de cuarenta y cinco años, que le permitió ser el nuevo Apóstol de la Ciudad Sagrada. Por eso la lectura del Oficio en su día, dice que "dio a luz a innumerables hijos para Cristo."*⁵⁹

El ministerio de la reconciliación ejercitado en una sociedad como la del Renacimiento, gestada sobre las bases de un humanismo desenfrenado y por lo tanto de un culto a la exterioridad, reclamaban en el confesor y guía de conciencias una cuota especial de paciencia. En un pasaje del Sermón recurriendo nuevamente al contraste que le ofrece el fogoso reformador dominico, Newman presenta una preciosa descripción de esta virtud, a la par que mueve a su auditorio a un cuidadoso examen de conciencia, para que la Iglesia al encontrarse en situaciones análogas, se sintiera especialmente llamada, a comportarse a la manera evangélica de S. Felipe:

"Savonarola, a pesar de su santidad personal y de sus protestas contra una santidad meramente externa en los católicos, después de todo, comenzó con una reforma externa. Quemó láudes y guitarras, anteojos y máscaras, libros y pinturas en la plaza pública. Pero Felipe tuvo paciencia con las extravagancias de aquellos que encontraba, tanto cuanto no fuesen directamente pecaminosas, sabiendo

que una vez enderezado el corazón lo seguiría una conducta apropiada. Recordaréis llegó un día cierto joven a sus Ejercicios, vestido "a la moda más singular y caprichosa", y como Felipe no hizo sino fijar sus ojos en él y luego prosiguió con los discursos y devociones del Oratorio, y cómo al tiempo de que llegaran a su fin, el pobre pecador se había transformado en otro hombre, su naturaleza cambió íntegramente de una vez y llegó a ser uno de los más fervientes penitentes del Santo. Un rico eclesiástico vino a verlo vestido de colores como un laico. Felipe habló con él por quince días sin decir una palabra acerca de sus vestidos, y al final se los quitó de propia voluntad e hizo confesión general. Su biógrafo⁶⁰ dice: "Estaba muy en contra de la inflexibilidad y las prohibiciones bruscas del uso de vestidos finos, collares, espadas y cosas por el estilo, diciendo que si solamente un poco de devoción ganaba espacio en sus corazones, podrían dejarlos librados a sí mismos". Si hablaba de ellos era amablemente y en broma. Recordaréis que le dijo a una dama, que le había preguntado si era pecado usar zapatos con tacones muy altos de acuerdo a una moda excesiva del momento: "Tenga cuidado que no la hagan tropezar". Y a un joven que usaba uno de esos grandes cuellos de encaje almidonado, que vemos en los cuadros, le observó: Le encarecería mucho que su cuello no me lastimara".

Savonarola es asociado en nuestras mentes con el púlpito más que con el confesionario. Su vehemencia convirtió a muchos pero asustó e irritó a muchos más. [...] Felipe no tenía vocación ni mucho afecto por el púlpito. Era receloso de lo que el mundo llama elocuencia y mortificaba a sus discípulos cuando aspiraban a ello. [...] "No toleraba reprimen-

⁵⁹ SVO XII II p. 29.

⁶⁰ Hablando de San Felipe, Bacci observa: "No le gustaba que los confesores hicieran muy dificultoso el camino de la virtud, sobretodo a los penitentes que recién se convertían; tampoco que fueran rigurosos en las confesiones, sino que se compadecieran, y con dulzura y amor buscaran de ganarlos, y condescendieran con todos, cuanto fuera posible" (cf. P.G. Bacci op. Cit. p. 106; también Fulvio De Giorgi, *Lo Spirito di San Filippo Neri*; La Scuola Brescia 1996 p. LXXVI, n° 212).

das duras”, “O cualquier cosa de rigor”, dice el autor de su vida. Cautivaba la voluntad de los hombres para el servicio de Dios tan diestramente, con un arte tan santo y atractivo, que aquellos que lo veían clamaban atónitos: “el Padre Felipe atrae las almas como el imán al hierro”. Así, se acomodaba a sí mismo al temperamento de cada uno, hasta llegar a ser, según las palabras del Apóstol, “todo para todos para ganarlos a todos”.

Su amor por ellos era tan tierno y ardiente que aún en la extrema vejez, estaba ansioso de sufrir por sus pecados y a este fin se infringía severas disciplinas, considerando sus malas acciones como propias y llorándola como a tales. No leo que Savonarola actuara de esta forma con el Papa Alejandro Sexto a quien denunció violentamente.”⁶¹

Newman nos ha dejado como una síntesis de esta virtud en las Meditaciones compuestas para la novena en honor del Santo: “Felipe fue durante años el blanco de las burlas, de las necesidades de la nobleza romana, la cual, poco habituada a ver un santo, decía todo el mal posible.

Cuando se difundía alguna calumnia contra él, Felipe no se turbaba, sino que con toda calma se defendía con una simple sonrisa.

Una vez, el siervo de un noble comenzó a maltratarlo de modo tan insolente, que una persona de respeto, testigo de los insultos, estuvo casi por irse a las manos; pero después que vio con cuanta moderación y dulzura trataba al que lo insultaba, se entretuvo, y desde ese momento lo consideró un santo.

Cuando era ya superior de la Congregación, una vez un súbdito le arrancó de la

mano una carta, pero el santo sufrió la afrenta con una dulzura incomparable, sin mostrar la mínima emoción.

La paciencia había llegado a ser en él tan firme, que no se lo vio jamás en cólera. Él frenaba el primer impulso de resentimiento, y en un instante volvía la calma y recobraba su sonrisa habitual.”⁶²

Pero la paciencia y la humildad tienen en San Felipe un rostro inconfundible que es la alegría. Por ella la vida virtuosa se vuelve irresistiblemente atractiva y la santidad contagiosa.

En 1857, Newman dedica a la Escuela de San Felipe Neri,⁶³ una breve composición poética, destinada a convertirse en canto popular. Aquí la figura del Santo se identifica con esa virtud de la afabilidad que conquista (“Este es el Santo de la amabilidad y la dulzura”) y cuyo método educativo se distingue por la genial capacidad de conjugar la alegría sincera con el rigor moral, por lo cual se hace atrayente el cumplimiento de la ley (“De buen humor en la penitencia, y atractivo en los preceptos”).

La hilaridad es quizá la nota más característica de Felipe Neri, que se mostraba siempre gentil con todos aquellos que venían a consultarlo, y los recibía con tal afecto que daba la impresión que los estuviese esperando desde hacía tiempo.”⁶⁴

Él mismo solía repetirse con una jaculatoria ¡“Escrúpulos y melancolía, fuera de mi casa”! No podía tolerar que alguien se mostrara abatido o apesadumbrado, porque estos estados no ayudaban al crecimiento espiritual; de allí, que cuando se daba cuenta que alguien estaba con aire melancólico, solía decir ¡“estáte alegre”!

⁶¹ SVO XII II pp. 29-30.

⁶² MD pp. 204-205.

⁶³ Verses on Various Occasions p. 681 (CLXXI, ST Philip in his school, A Song).

⁶⁴ MD p. 202.

San Felipe, dice Newman, tenía una capacidad particular para difundir alegría.⁶⁵ Sus penitentes se sentían felices cuando se encontraban en su habitación, y decían: “La habitación de Felipe es un paraíso en la tierra”. Para otros, el solo detenerse en la puerta era un alivio; algunos recuperaban la paz del espíritu solo mirando su rostro. En fin, Felipe era un constante consuelo para todos aquellos que se sentían perplejos, ansiosos y abatidos.⁶⁶

Los tiempos del renacimiento en los que vivió Felipe Neri, como también nuestra sociedad tecnológica actual, han logrado multiplicar las ocasiones de placer encontrando en la “diversión” un sucedáneo a la alegría. Sin embargo, males como la tristeza y la angustia siguen siendo la gran amenaza de una enfermedad endémica, para la que el hombre no parece haber encontrado remedio.

La alegría, decía Chesterton, es el secreto del cristiano; ella es por esencia una participación espiritual de la alegría insondable, a la vez divina y humana del ánimo de Jesucristo. Precisamente “la alegría filipina”, es fruto de esa alquimia espiritual, obrada en él por el Espíritu del Resucitado.

Es por eso, que el humor de San Felipe, debe ser enfocado mucho más que como un rasgo pintoresco que adorna su vida. Newman señala que “cuando llegó a ser tan famoso en su vejez, y todos pensaban de él misteriosamente y le miraban con temor reverencial y repetían solemnemente las palabras del Padre Felipe y enumeraban sus hechos, y traían a extraños para verle, todo esto era la más cruel de las penurias para él, y estaba siempre portándose ridículamente a propósito, desconcertándolos y

alterándolos, por el intenso odio y la impaciencia de ser convertido en espectáculo. Estaba tratando siempre, dice su biógrafo, ya sea por gestos, o movimientos, o palabras, o alguna informalidad chistosa, de esconder su gran devoción, y cuando había hecho alguna acción virtuosa, hacía alguna cosa simple para taparla.”⁶⁷

Si, en Felipe se multiplicaban a tal punto las bromas, que han reclamado la atención de los biógrafos, e impresionado la sensibilidad de un cardenal Montini cuando exclamaba: “S. Felipe es un Santo muy querido, pero ¿quién puede imitarlo, en tantos actos de su vivaz extravagancia?”⁶⁸; es precisamente porque en el modo casi sistemático con el que ha practicado las bufonerías, se encierra un sentido profundo.

En efecto, Felipe no hace bromas con el simple objeto de tener la pía satisfacción de pasar por divertido ante los demás. Su humor desenfrenado, es la traducción espontánea de esta libertad suprema, que en él parece inseparable del estado de gracia.

Una comparación con lo que Newman dice al hablar sobre el pecado de Saúl, puede iluminar lo que estamos diciendo: “Su tentación y su caída consistieron en cierta obstinación espiritual, fundamentada en unos sentimientos oscuros de altivez. Esta obstinación o testarudez espiritual, se manifiesta en un aferrarse en último término a la independencia de los propios actos, cuando se trata en ocasiones en que es obligatorio depender. [...] Malhumor y taciturnidad, terca seguridad de sí mismo, orgullo, antojo, aspereza de genio, insolencia; todos estos rasgos anímicos, frecuentemente se

⁶⁵ Ibidem p. 202.

⁶⁶ MD p. 203.

⁶⁷ SVO XII p. 28.

⁶⁸ G.B. Montini (Arcivescovo di Milano) *Discorsi e Scritti Milanensi* (1954-1963) vol. II p. 3136.

presentan en forma de magnanimidad e incluso participan en cierto grado de su naturaleza".⁶⁹

Felipe sabía por instinto, que la última astucia del demonio, y la más sutil, es la de hacernos "naturalizar" la gracia. Toda la fe cristiana no es otra cosa que un ejercicio de dependencia; la suprema malicia del adversario es la de empujar al hombre a adueñarse del don divino para atribuírselo.

Pero el "humor" de Felipe nos impide de tomárnoslo en serio. Él desmiente a la creatura, constantemente olvidada del abismo que existe entre el modelo divino y la imagen que ella quiere ofrecer. Por eso la oración favorita del Santo es esta bella frase: "Señor desconfía siempre de Felipe."⁷⁰

6. NEWMAN Y LA INFLUENCIA ESPIRITUAL DE S. FELIPE

Cuando Newman escribe sobre S. Felipe Neri, su estilo limpio y elegante, asume especiales vibraciones de ternura. En una página bastante sufrida de su Diario privado, el 15 de diciembre de 1859, Newman confiesa que con el paso de los años advierte como un lento avance de la aridez, que es acompañada por el decrecimiento de la devoción sensible:

"Cuando uno es joven, la devoción, la fe, la esperanza, la alegría, la perseverancia, son, en buena medida, algo natural, o si no natural, procede de una Euphía (bondad natural) que no resiste la gracia y que necesita muy poca gracia para iluminarse. La gracia

*misma, cuando uno es joven, puede más, encuentra menos resistencia en esas virtudes que he mencionado. El poeta griego, ya viejo, habla en el coro de Edipo en Colono, de lo antipático que son los viejos. La gente mayor, por dentro es tan rígida, seca y sin vida como por fuera, en el cuerpo; sólo la gracia les puede ablandar, si penetra. Cada vez me admiran más los santos viejos. San Luis Gonzaga, San Francisco Javier, o san Carlos Borromeo no son nada comparados con San Felipe Neri. ¡Felipe, consígueme un poco de tu piedad!"*⁷¹

La misma idea aparece contenida en unos sencillos versos dedicados al Santo por aquellos años: "Amo y admiro cada vez más a un anciano de dulce aspecto."⁷²

La evolución intelectual y espiritual de Newman, jamás ha conocido cortes o admitido negaciones u olvidos del pasado. Aquella criteriología del progreso de los dogmas enunciada en su *Ensayo sobre el desarrollo*, bien puede aplicarse al itinerario espiritual de su vida. La permanencia del tipo, la continuidad de los principios, el poder de asimilación, son algunas de las notas que explican la razón intelectual y la conveniencia espiritual de Felipe Neri y su oratorio, en la vida de Newman.

Muchos años después de su conversión, Newman confiesa con un alto sentido de gratitud, el lugar providencial que la Iglesia Anglicana ha tenido en su vida.⁷³

Recuerda con nostalgia, en su novela autobiográfica, los años transcurridos en Oxford, dejándonos una emotiva descripción de la ciudad que abandona para siempre, y a la que reconoce como el hogar en el que Dios le ha otorgado tantos beneficios.⁷⁴

⁶⁹ US. IX pp. 208-210.

⁷⁰ San Filippo Neri, MR. 42 p. 156.

⁷¹ J. H. Newman, *Cartas y Diarios* pp. 138-139.

⁷² *Verses on Various occasions* p. 670. Igualmente en una carta a William Faber de 1847: "Siento desde hace mucho tiempo una especial reverencia y admiración por el carácter de S. Felipe Neri en la medida que he podido conocerlo." LD XI p. 105.

⁷³ Apo. p. 340.

⁷⁴ cf. *Loss and Gain* pp.301-302.

Similar disposición espiritual se advierte cuando se refiere a la elección de su nuevo estado de vida: en lugar de Oriel se encuentra el Oratorio, en lugar de Keble, Felipe Neri. Igualmente aquí, no hay deshecho de la historia personal, sino evolución y conservación de una identidad propia a la que Newman no renuncia.

Lo expresa con claridad, dos años después de su conversión, en una carta enviada desde Roma a su hermana Jemima. *"Este gran santo me recuerda a Keble por tantos conceptos, que puedo imaginar lo que Keble hubiese sido, si Dios hubiera querido que naciera en otro lugar o época. Neri tenía la misma aversión extrema a aparentar virtudes, el carácter juguetón, casi podríamos decir excéntrico: el tierno amor a los demás y la serenidad, que son los rasgos de Keble."*⁷⁵

Como puede verse, Felipe Neri aparece en la vida de Newman, dentro de un horizonte intelectual y espiritual bien definido. No es por hechos accidentales, ni por una superficial devoción, como este Santo entra en la órbita espiritual del converso inglés.

Lo peculiar de su figura y el estilo de su santidad respondían sin duda a la forma del Gentleman, sobre la cual Newman asienta su idea de virtud y consiguientemente de perfección moral.⁷⁶ San Felipe puede decirse, fue la expresión católica de su ideal anglicano de santidad evangélica.

Con la audacia que lo caracteriza, Bremond afirma que Newman "ha anglicanizado un poco y hasta newmanizado al modelo". Y sin duda es verdad que Newman ha retocado un

poco el retrato de S. Felipe, dándole los lineamientos que quería encontrar en el Santo ideal.⁷⁷ Pero es necesario reconocer también, que el modelo se presta estupendamente a estos retoques.

El mérito de los grandes artistas consiste precisamente en expresar la verdad de sus retratos mediante los relieves que dan a algunos rasgos más reveladores de su personalidad. ¿Se puede entonces reprochar al genio intuitivo de Newman el haber acentuado los rasgos que más lo seducían en una figura tan atrayente y dúctil como la del fundador del Oratorio?

Finalmente una última razón, que podríamos denominar de orden ecuménico, explican tanta admiración por parte de Newman. En efecto en el descubrimiento del catolicismo Felipe Neri y su Oratorio cumplieron, como se ha visto, un papel providencial. En el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia, la alegría del oratorio filipino es la sonrisa sobre su rostro; este es propiamente su carisma específico. En una Iglesia empeñada durante el siglo XIX en la lucha contra el modernismo y por eso tantas veces contestada y perseguida, su semblante pudo tornarse para los hermanos separados, a veces un poco duro y severo.

El Oratorio representó para Newman como para tantos conversos, un hogar, dispuesto a recibir amablemente a estos hijos que venían después de un arduo camino, al encuentro del único rebaño de Cristo.

⁷⁵ cf. LD XII p. 25.

⁷⁶ cf. *Idea* pp. 210-211. Es indudable que el Oratorio atrajo a Newman porque se lo representaba como lo más semejante dentro de la Iglesia católica, a la vida de un College de Oxford. cf. Placid Murray O.S.B., *Newman the Oratorian*.

⁷⁷ cf. H. Bremond, *Newman. Ensayo de biografía psicológica*, Ed. Desclée de Brouwer Bs. As. 1947 p. 309.

FOURTH OXFORD INTERNATIONAL NEWMAN CONFERENCE

CUARTO CONGRESO INTERNACIONAL NEWMANIANO EN OXFORD

A realizarse del 14 al 18 de agosto de 2004
en el Somerville College
Oxford
Inglaterra

Sobre el tema

NEWMAN AND TRUTH
NEWMAN Y LA VERDAD

Principales oradores

Colin Barr • University of Ireland, Maynooth
Michael Buckley • Boston College, USA
Valentine Cunningham • Corpus Christi College, Oxford
Brian Daley • University of Notre Dame, Indiana, USA
Paul Griffiths • University of Illinois, Chicago, USA
Keith Hanley • University of Lancaster
Ian Ker • Campion Hall, Oxford
Terrence Merrigan • Katholieke Universiteit Leuven, Bélgica
John Milbank • University of Virginia, USA
José Morales • Universidad de Navarra, España
Mary Katherine Tillman • University of Notre Dame, Indiana, USA

Inscripciones

Priscilla Frost
Conference Secretariat

27 Ditchley Road, Charlbury
Oxford OX7 3QS
United Kingdom
TE: 0044 1608811818
FAX 0044 1608819010
Email: info@oxconf.co.uk
Website: <http://www.theo.kuleuven.ac.be/newman>

